

louis g. milk

Los parias del espacio

LOS PARIAS DEL ESPACIO

Título Original: *Los Parias Del Espacio*
©1968, Milk, Louis G.
©1968, Editorial Toray, S.A.
Colección: Espacio. El Mundo Futuro 427
UUID: a75a5b1f—6ec7—4d4f—bb34—3b7684a88abe
Generado con: QualityEbook v0.80

Capítulo I

A Jan Martiz, capitán de la «Lena Shann», le cazaron como a un incauto gazapillo cuando, a sólo ocho días luz de Zbol, estaba a punto de terminar satisfactoriamente su viaje de «negocios».

Los tripulantes de la «Lena Shann», diecisiete en total, también resultaron cazados. Las astronaves zbolianas surgieron del hiperespacio repentinamente, en un punto donde Martiz tenía la seguridad de no haber otra nave que la suya y, cuando se quisieron dar cuenta, ya estaban rodeados irremisiblemente.

Haber desatendido la intimación de «Pare sus máquinas» lanzada por el comandante de la flotilla zboliana, habría sido una locura. En teoría, Martiz podría haberse zambullido con su nave en el hiperespacio, pero sabía que los zbolianos tenían, y no metafóricamente, el dedo en el gatillo.

Inmediatamente de iniciada la maniobra de inmersión, el comandante zboliano habría dado la orden de disparar. Una docena de esferas, invisibles pero no por ello menos efectivas, anuladoras de los campos de fuerza hiperespacial, habrían brotado en el acto de los cañones de las naves de patrulla.

Y la «Lena Shann» se habría convertido en polvo microscópico en fracciones de segundo.

Lanzando un suspiro de resignación, Jan Martiz ordenó desconectar el propulsor principal, dejando sólo los auxiliares para maniobras cortas, de tipo planetario, además de proporcionar luz y aire.

Un proyector destelló a larga distancia. El segundo de a bordo, Neil O’Brien, deletreó:

—Enviamos una patrulla de abordaje. Sírvanse recibirla y permitir el registro de su nave.

Jan lanzó un rugido de ira.

—¡Protesta, Neil! —gritó—. Dile que no estamos en radio espacial de Zbol y que sus patrullas carecen de autoridad para el registro.

—Bien, capitán.

La protesta no sirvió de nada. El comandante zboliano dijo:

—Están bajo la acción de mis naves. ¿Les sirve eso?

Chirriando los dientes, Jan hubo de permitir el abordaje de la patrulla de registro, una veintena de astronautas zbolianos, armados hasta los dientes… con lanzas, cuchillos y espadas.

—Podríamos fulminarlos con nuestras pistolas atómicas —cuchicheó O’Brien al oído de Martiz.

—¿De qué nos serviría? El comandante de la patrulla les habrá marcado un tiempo determinado. Si pasado éste, ven que no regresan…

Se pasó el índice por la garganta, con gesto harto significativo.

O’Brien asintió; su jefe tenía razón.

La resistencia era inútil; era preciso permitir el registro.

Media hora más tarde, el jefe de la patrulla, un joven capitán de astronáutica, se encaró con el comandante de la «Lena Shann».

—Capitán, le anuncio formalmente que usted y su tripulación quedan detenidos por contrabando. Una patrulla de presa se hará cargo de su nave y ustedes serán encerrados en una de las cámaras, hasta el momento del aterrizaje en Zbol.

Martiz se encogió de hombros.

—Bueno, contrabando —dijo desdeñosamente—. No hay ningún capitán de astronave terrestre que no lo haga. Se paga una multa y en paz. Lo único que sucede es que la «mercancía» encarece…

El zboliano le miró de soslayo.

—Conque una multa, ¿eh? —dijo enigmáticamente—. ¡Sargento, encierre a estos hombres inmediatamente!

—Sí, mi capitán»

Martiz estuvo quejándose de su mala suerte durante todo el tiempo. En numerosas ocasiones, había pasado impunemente la «mercancía», sin que le ocurriese nada de particular. Sólo ahora, cuando parecía que, una vez más, iba a conseguir sus propósitos, aquellas malditas naves zbolianas…

Durante días enteros, Martiz se preguntó en vano por qué se había mostrado tan enigmático el comandante de la patrulla de presa.

—No le dé vueltas, capitán —le dijo uno de sus tripulantes, encerrado, como él, en la misma celda—; eso es que nos tienen ganas a los terrestres. No les resultamos simpáticos, así de sencillo.

—Pero cuando atrapan a un terrestre con contrabando, se limitan a imponerle una multa y a decomisarle el cargamento.

Nunca habían encerrado a un contrabandista…

—Hasta que llegó la primera vez y la china nos tocó a nosotros —dijo filosóficamente el segundo O'Brien.

Una semana después, se celebró el juicio.

El fiscal, un imponente sujeto, ataviado con una aleteante toga roja, leyó una terrorífica acusación. El defensor balbució unas cortas palabras, pidiendo clemencia.

—Hubiéramos ganado más sin él —comentó Martiz, al observar su desdichada actuación.

Tras los informes del fiscal y de la defensa, el juez, un sujeto atrabiliario, con cara de dolor de estómago crónico, vestido con túnica amarilla, emitió su sentencia.

—Los acusados han sido declarados culpables de uno de los peores delitos que se pueden cometer en Zbol —dijo campanudamente—. Por ello, y en virtud de la autoridad que me ha conferido nuestro muy Amado Emperador, Othid LXII, condeno a los acusados a las penas siguientes:

»Capitán Martiz, a la pena de galeras, perpetua. El resto de la tripulación, quince años de galeras. Los condenados serán conducidos a la nave que les destine la Comandancia General de Astronáutica a la mayor brevedad posible, teniendo en cuenta que cada uno irá a una nave distinta. ¡La sentencia ha sido dictada!

Martiz se quedó boquiabierto al escuchar aquellas palabras.

—¿Galeras? —repitió.

—Sí —confirmó uno de sus tripulantes, viejo «lobo espacial»—, galeras, así como suena. Remar en los bancos, cómitres con látigo y todo eso, capitán.

Martiz se pasó la mano por la cara. Creía estar soñando.

Pero no, estaba despierto y bien despierto.

* * *

Tres días después de dictada la sentencia, la puerta de la celda se abrió y un oficial de la policía, provisto de unos documentos, pronunció un nombre:

—¡Jan Martiz!

—Presente —contestó el aludido, poniéndose en pie.

—Salga —ordenó secamente el zboliano.

—¿Adónde me llevan? —preguntó Martiz.

El oficial le miró desdeñosamente.

—A dar un paseo por el campo, no, desde luego… Aunque sí caminará un rato largo. ¡Vamos, muévase!

Martiz se volvió hacia sus tripulantes. Presentía que ya no volvería a verlos más.

—Adiós, chicos —dijo—. Siento lo ocurrido.

—Nosotros sentimos más lo de usted —dijo O'Brien, interpretando la opinión general.

Martiz asintió. Ellos quedarían libres al cabo de quince años. Él… Bien, ya tenía un remo para toda la vida.

Estrictamente no era un remo, aunque se parecía mucho. El veterano del espacio le había explicado cómo eran las galeras zbolianas y, cada vez que Martiz pensaba en ello, sentía que se le ponían los pelos de punta.

Unos minutos después, salió al patio de la tétrica fortaleza que servía de prisión en la capital zboliana.

Había ya cuarenta o cincuenta condenados formados entre dos filas de guardias. Todos ellos eran de distintas cataduras y de diversas nacionalidades planetarias.

Los terrestres eran minoría: Martiz sólo pudo identificar a cuatro o cinco, uno de ellos tuerto, con un parche en un ojo.

Uno de los guardias le emparejó con el tuerto. Éste sonrió, enseñando una dentadura picada en varios sitios.

—Soy Rex Olsen —se presentó—. ¿Tu nombre?

—Jan Martiz —contestó el aludido ceñudamente.

—Veinte años de galeras, por homicidio —dijo Olsen—. ¿Y tú?

—Perpetua, por contrabando.

Olsen abrió mucho su único ojo, pero no tuvo tiempo de decir nada. Un guardia se acercó y anilló una abrazadera metálica a la muñeca derecha de Martiz, sujetándola después a una larga cadena que pasaba por el centro de la hilera.

La puerta del patio se abrió. Un látigo chasqueó en el aire.

—¡En marcha, perros! —ordenó el jefe de la escolta.

La columna de prisioneros rompió a andar, con gran tintineo de cadenas. Veinte guardias armados les vigilaban ceñudamente.

Todos ellos iban provistos de arcos y flechas, éstas largas de metro y medio, y capaces, dada la potencia propulsora del arco, de

atravesar limpiamente a tres hombres puestos en fila. Además, llevaban unas cortas espadas, afiladas como navajas de afeitar.

Atravesaron parte de la capital, entre la burla y la rechifla de las gentes. Martiz conocía bien Zbol y no le extrañaba la disparatada mezcla que suponía una civilización casi tan adelantada como la terrestre y la indumentaria de los zbolianos, tan parecida a la de épocas antiguas de la historia de la Terra.

Una hora después, abandonaron los límites de la ciudad.

—Ahora viene lo bueno —dijo Olsen—. Vamos a enfrentamos con el desierto. Alguno no lo podrá resistir y morirá.

Martiz contempló aprensivamente la infinita llanura que se extendía ante ellos, calcinada por los abrasadores rayos de los dos soles zbolianos. Sí, la travesía iba a ser muy dura.

Los guardias lo pasarían algo mejor. Iban montados en caballos, muy parecidos a los terrestres, y se protegían con sendos parasoles, sujetos a sus espaldas por un arnés hábilmente diseñado. Cada guardia llevaba, además, una gran cantimplora llena de agua.

—Nosotros no beberemos hasta la próxima parada —anunció Olsen.

Martiz le miró con sorpresa.

—Parece que conoces el camino —observó.

Olsen soltó una risita.

—Ya estuve dos años en galeras y sé lo que pasa —respondió—. Espero aguantar, sin embargo.

El suelo quemaba bajo los pies. La columna avanzaba en un silencio casi total.

Martiz volvió a mirar al tuerto. Olsen aguantaría; era un hombre no demasiado alto, pero sí de complexión hercúlea.

Era un cínico, se dijo, aunque dado el momento, no se echaría para atrás… caso de un motín, por ejemplo.

«¿Motín? ¡Ni soñar en sublevarse para obtener la libertad!», se dijo amargamente.

—Me pudriré remando durante el resto de mis días —concluyó sus poco alentadoras reflexiones.

Al atardecer, casi ya de noche, llegaron a una aldea donde debían pernoctar.

Dos de los condenados habían perecido por el camino. Uno de insolación; el otro de un ataque cardíaco. Sus cuerpos habían

quedado en el desierto, para pasto de aves de rapiña.

Martiz estaba que no podía tenerse en pie. Pasó por delante de una fuente y el sonido del agua murmurante al caer en el pilón casi le enloqueció.

—Agua, agua… —pidió con voz ronca, a través de unos labios hinchados y ya completamente resecos.

La gente de la aldea se reía de ellos. Un sujeto le lanzó al pecho una pella de barro. Martiz tropezó y cayó, provocando una pequeña confusión en la columna.

Un látigo cayó sobre sus espaldas con doloroso impacto. Martiz se irguió convulsivamente.

A poca distancia de él, una bonita muchacha llenaba una jarra de agua. Ella le miró y le sacó la lengua en son de burla.

El látigo chasqueó de nuevo. Martiz hizo un esfuerzo y se puso en pie.

Entonces, una mano blanca y delicada acercó a sus labios una jarra llena de agua. Martiz fue a beber, pero antes de hacerlo fijó sus turbias pupilas en el rostro de la mujer.

Era joven y hermosa y, en su túnica anaranjada, se veían los tres círculos de plata que indicaban su profesión de cortesana.

—Bebe —invitó ella, sin que los guardias de la escolta se atrevieran a oponerse a la acción de la joven.

En el momento de tomar la jarra, Martiz sintió que algo se introducía entre sus dedos. Sólo horas más tarde, cuando todos los galeotes dormían en su encierro, se atrevió a leer el mensaje secreto que le había entregado la cortesana, a la luz del satélite zboliano, que penetraba a través de la reja de su celda.

El mensaje contenía sólo dos palabras:

CONFÍA. ESPERA

Martin hizo una bolita del papel y lo deglutió, tras empaparlo de saliva. No sabía quién era aquella mujer ni cuáles eran sus propósitos, pero se daba cuenta de que debía evitar con todo cuidado ponerla en un compromiso.

Al día siguiente, antes de salir los soles, la columna emprendió de nuevo la marcha.

A las dos de la tarde, divisaron en lontananza enormes moles

metálicas de las galeras. Martiz preguntó en cuál de ellas debería pasar el resto su existencia.

Pero el mensaje le había dado nuevos alientos. Confiaba… y sabría esperar cuanto fuera preciso.

Capítulo II

Las galeras estaban alineadas en perfecta formación y eran siete en total.

—No veo por qué les llaman galeras, si son astronaves como las demás —dijo Martiz.

—Aguarda un poco y verás —contestó Olsen con sorna.

A punto de llegar a la primera nave, se oyó un toque de clarín. Los guardias recogieron sus parasoles y azuzaron a los condenados.

—¡Aprisa, bastardos! —gritó el jefe—. ¡Moveos, estúpidos; la duquesa Kania va a llegar y quiero que os vea perfectamente formados!

Martiz volvió la cabeza. Una gran polvareda rodaba por el desierto en dirección a las astronaves.

Una compañía de soldados surgió del interior de una de las galeras y formó con rápida disciplina. Todos ellos iban armados con largas lanzas, rematadas por agudas hojas, de forma lanceolada, ligeramente curvada en la parte superior. El filo interno podía decapitar a un hombre con la mayor facilidad.

La nube de polvo se acercó, permitiendo captar algunos detalles. Rígido, inmóvil bajo unos soles de fuego, Martiz contempló la llegada de la duquesa Kania.

—Duquesa, ¿eh? —murmuró entre dientes.

—Bueno, es la traducción a nuestro idioma del vocablo zboliano —explicó Olsen—. Aquí, en Zbol, tienen grados de nobleza y ése es uno de ellos.

—¿A qué diablos puede venir una duquesa a este paraje?

Olsen se encogió de hombros.

—No lo sé. Opino que a mandar la flota de galeras… pero, que yo sepa, es la primera vez que sucede una cesa semejante.

—Será vieja, fea y gruñona, como si lo viera.

La comitiva se detuvo al fin, en un punto situado entre los condenados y la compañía de honores. Estaba formada por un escuadrón de hombres a caballo y dos carros, tirados cada uno por seis bestias, en dos troncos.

Uno de los carros contenía un montón de cajas y baúles. En el otro viajaba una mujer.

Martiz vio que se había equivocado en parte. La duquesa Kania podría ser gruñona, pero no vieja y fea, sino todo lo contrario.

Tendría unos veinticinco años, según el módulo terrestre, calculó. Era alta, de formas majestuosas y poseía una larga y frondosa cabellera roja, que sobresalía por debajo del casco dorado con que se cubría la cabeza. Sus ojos se protegían con unas gafas de color oscuro, lo que impidió a Martiz apreciar la tonalidad de sus pupilas.

Kania vestía uniforme de combate: peto rojo, con sendos protectores semiesféricos en el pecho, falda corta, de malla de acero, y ancho cinturón metálico, dorado como el casco. Sus brazos estaban desnudos desde los hombros hasta las manoplas que rebasaban la mitad de los antebrazos

El calzado consistía en botas con protección asimismo metálica, que le llegaban hasta la rodilla. No llevaba armas, y sí un corto látigo, más parecido a una fusta, con una empuñadura constelada de joyas.

Su aspecto era enérgico y autoritario. Apenas se detuvo el carro, saltó al suelo y avanzó hacia un oficial de alto grado,

—Soy la duquesa Kania —se presentó—. En nombre del Emperador, vengo a tomar el mando de la Novena Flotilla de galeras.

El oficial se inclinó respetuosamente.

—Duquesa, nos habían anunciado su llegada —manifestó—. En nombre propio y el de mis oficiales, permítame darle la bienvenida. Soy el capitán Rofor, vicecomandante de la Novena Flotilla y comandante efectivo de la nave insignia.

—Encantada, capitán —respondió Kania secamente. Agitó la mano—. Haga que se retiren los soldados; se están abrasando.

—Bien, duquesa…

—Comandante, a partir de ahora —le interrumpió ella—. Olvide mi rango nobiliario, capitán.

—Sí, comandante. —Rofor se volvió y ladró una orden. La compañía rompió filas y los soldados escaparon de la llanura para buscar el refugio de la nave.

Kania fijó sus ojos en la hilera de condenados.

—¿Galeotes, capitán? —preguntó.

—Sí, comandante. Acababan de llegar cuando usted hizo acto de

presencia. Ahora mismo los distribuiremos por los bancos de boga para cubrir las bajas producidas en las últimas semanas.

—Están agotados. Deles doce horas de descanso, capitán.

Rofor miró asombrado a la joven. Estuvo a punto de protestar. ¡Tener consideraciones con aquella gentuza!

Pero se contuvo pensando en que Kania era prima del Emperador y, aunque los últimos rumores señalaban que el mando de la Novena Flotilla era una especie de destierro, convenía estar a buenas con su nuevo jefe.

«A última hora, ellos se perdonan todo entre sí y el que siempre lo paga es el de más abajo», se dijo.

Dio una orden y un pelotón de soldados se hizo cargo de los galeotes. Martiz, con el resto de los condenados, avanzó hacia la rampa que conducía hacia la galera insignia.

* * *

Tendidos en sus camastros, los condenados descansaban y se reponían de las penalidades sufridas en los últimos días.

Envuelto en una toalla, con los cabellos húmedos, Martiz regresó de la ducha.

—Al menos, la comida es buena y hay agua en abundancia —dijo, cuando estuvo al lado de Olsen.

El tuerto soltó una risita.

—No dirás lo mismo cuando pases horas y horas bogando —contestó—. Esto que nos han hecho debe de ser en honor a la duquesa; la otra vez que me trajeron, me encadenaron al banco sin quitarme siquiera el polvo del desierto.

—¿Tan malo es? —preguntó Martiz—. Había oído hablar de las galeras de Zbol, pero siempre me parecieron fantasías…

—¿Fantasías? Espera, espera —sonrió Olsen.

—Pero no entiendo. ¿Qué necesidad hay de remar en una astronave?

Olsen le miró con expresión de asombro.

—¿Para qué remar? ¡Pues para producir energía eléctrica, naturalmente!

Martiz se quedó boquiabierto.

—No entiendo nada en absoluto —dijo.

—Oye, pedazo de mulo. ¿Cómo se mueve una dínamo? Por la fuerza del agua, del viento, del vapor… y hasta por unos pedales, ¿no? ¡Pues también se mueve por remos, eso es todo!

—¿Quieres decir… que la energía eléctrica se obtiene en las galeras a… a brazo?

—Algo por el estilo —contestó Olsen. Luego, con cara preocupada, dijo—: Me extraña que una prima del Emperador, nada menos, haya venido a mandar una flotilla de galeras. ¿Qué habrá hecho la prójima?

Martiz conocía algunas de las interioridades políticas de Zbol y dijo:

—Othid es un lunático y Magán, su primer ministro, un tipo aprovechado. Ella habrá tosido a destiempo y Othid la habrá proyectado a esta galera, simplemente.

—Me parece poco —objetó el tuerto—. Llevo ya algún tiempo en Zbol y la cosa se pone cada día más caliente.

—¿Guerra civil? —apuntó Martiz.

—Pudiera ser… a menos que Magán, en nombre de Othid, domine la situación desde el primer momento. En caso contrario, la matanza será horrible.

—Othid no parece contar con grandes simpatías entre los zbolianos —comentó Martiz.

—Ninguna, quedaría mejor dicho. Pero siempre tiene sus fieles, unos por conveniencia y otros por dinero. La guardia pretoriana le será fiel hasta el último hombre; sus miembros han tenido a gala serlo siempre con el Emperador, no importa qué clase de hombre haya sido éste.

—Alguna vez podría quebrarse la tradición, ¿no crees?

Olsen hizo una mueca.

—Lo dudo mucho…, pero si el estallido se produce, habrá muertes, muchas muertes. De momento, sin embargo, me parece que no habrá guerra civil.

—¿Por qué dices eso? —preguntó Martiz.

—Fíjate en la duquesa Kania. La comandancia de la Novena Flotilla de galeras es un medio como otro cualquiera de quitársela de en medio. Estoy seguro de que Othid, por instigación de Magán, está largando gente de su corte… y precisamente los que mayor ascendiente pueden tener sobre el pueblo, como Kania y algunos

otros más.

Olsen escupió a un lado.

—Aunque, si yo fuese zboliano, no apoyaría a ninguno de los que pretenden derrocar a Othid. El que se siente en el trono, será como aquél, si no peor, créeme. Y ya es difícil, te lo aseguro.

—Tengo alguna idea de que en palacio se cometen, a veces, verdaderas barbaridades —dijo Martiz—. Sin embargo, hasta ahora sólo he oído rumores…

El tuerto soltó una estridente carcajada.

—Amigo, una condena perpetua en galeras es malo, pero queda la posibilidad de sobrevivir. Tu suerte fue que Othid dispusiera de carnaza para sus diversiones.

—¿Qué clase de diversiones? —preguntó Martiz.

—Oh, pues… algunas plantas carnívoras, de tamaño suficiente para devorar un caballo, fieras… y hasta una pequeña tribu de cazadores antropófagos.

—¿Eh? —respingó Martiz, lleno de horror.

—Sí, el parque de palacio es grande y tiene una zona muy frondosa. De cuando en cuando, sueltan a un prisionero en la espesura. El tipo quiere huir, pero es perseguido implacablemente por los caníbales. Naturalmente, Othid se divierte en grande viéndolo todo por televisión; hay instaladas multitud de cámaras, hábilmente disimuladas en los árboles del parque, las cuales recogen las escenas con asombrosa fidelidad. La que más éxito suele tener es la de guisar al prisionero capturado.

Martiz cerró los ojos. Sabía que Zbol, en cierto sentido, era un planeta de costumbres salvajes, pero nunca había creído que las cosas pudieran llegar a semejantes extremos.

—Y Magán, con tal de gobernar a su antojo, complace todos los caprichos de Othid, por crueles que sean… sin hablar de las chicas que le llevan con frecuencia, muchas de las cuales no vuelven jamás de palacio —concluyó Olsen.

El joven quería seguir haciendo preguntas a su compañero, pero la puerta del encierro se abrió de pronto y dos guardias entraron con un gran caldero humeante, acompañados por otro, con insignias de suboficial.

—Aprovéchense y llenen la tripa —dijo el zboliano—. Dentro de una hora empezarán a bogar.

Olsen protestó.

—La duquesa Kania dijo que descansaríamos doce horas —exclamó irritadamente.

—Ahora ha mudado de opinión —contestó el guardia—. Con tres tendréis más que suficiente. Vamos a despegar en seguida y se necesita toda la energía posible.

—¿Algún acontecimiento importante? —preguntó uno de los galeotes.

Otro guardia llegó con una cesta de platos y cucharas. El suboficial contestó:

—Sí. Piratas irmdarianos. Según tengo entendido, la misión de la Novena Flotilla es la de barrer del espacio a esos cerdos que interfieren la astronáutica zboliana. Bueno, que os aproveche.

Olsen saltó de la litera y se apoderó de dos platos y dos cucharas, entregando uno de cada a Martiz.

—Toma y come… y piensa en lo difícil que se van a poner las cosas de aquí en adelante —dijo.

Martiz fijó los ojos en su compañero de reclusión.

—Piratas —dijo—. ¿Eso… es malo?

Olsen soltó una risita plena de sarcasmo.

—¿Malo? —repitió—. Amigo, si de veras tenemos que enfrentarnos con los piratas irmdarianos, piensa que nuestras posibilidades de supervivencia son las mismas que tendría una mosca atrapada en la red de una araña, eso es todo.

Capítulo III

La columna de galeotes, escoltada por una docena de guardias armados, se detuvo ante una puerta de acero. Segundos después, alguien abrió la puerta desde el otro lado.

Un sujeto de torso desnudo, cráneo pelado y mirada maligna, les contempló desde el principio de la escalera que conducía a los bancos de boga.

—Nuestro cómitre —cuchicheó Olsen al oído de Martiz—. Cuidado con él; una vez le vi decapitar a un galeote de un solo latigazo.

Martiz asintió. El cómitre era un sujeto enorme, hercúleo, en cuya mano derecha podía verse un látigo de espantable aspecto. El final del látigo consistía en un metro de fino cable de acero, plano y de bordes tan cortantes como los de una navaja de afeitar.

Una mueca sardónica curvaba sus labios.

—De modo que éstos son los nuevos bogadores —dijo—. Bien, hacía falta sangre fresca para la sala de boga. ¡Adentro, cerdos!

Los galeotes iniciaron la marcha. Todos iban desnudos, a excepción de un pequeño taparrabos y unas livianas sandalias. La temperatura de la galera, por otra parte, resultaba aceptable.

Con ojos atónitos, Martiz contempló el increíble espectáculo que se le aparecía por vez primera en su vida. De pronto, oyó a su lado la ronca voz de Wu—ted, el cómitre.

—Oye, tuerto, a ti te he visto yo antes, ¿no es verdad?

Olsen se inclinó respetuosamente.

—Sí, señor; tuve el honor de servir dos años bajo sus órdenes —contestó.

—¿Y ahora?

—Veinte más, por homicidio, señor.

Wu—ted le dirigió una helada mirada.

—Eras entonces un poco díscolo —manifestó—. Mira este látigo; si no mejoras tu carácter, piensa en que puedo rebanarte el pescuezo de un solo golpe.

—Seré disciplinado, señor —prometió Olsen humildemente.

—Tú verás lo que te conviene. ¡Al banco!

Los galeotes reanudaron la marcha. Martiz y Olsen descendieron

una ancha escalera de veinte peldaños y avanzaron hacia un banco que aparecía vacío.

Para Martiz, todo resultaba nuevo. Parecíale absurdo que una astronave pudiera moverse por la energía producida a brazo, pero así era.

Había dos largas bancadas, separadas a lo largo por la cadena de transmisión y sus mecanismos correspondientes. Cada bancada tenía cincuenta ruedas de unos sesenta centímetros de diámetro, muy parecidas a las de pedales de una bicicleta.

El parecido quedaba completado por el largo mango que sobresalía de cada rueda dentada, semejante al del pedal de una bicicleta, aunque sin el apoyapiés. Una larga cadena pasaba por las ruedas, situadas en hileras, e iba a perderse luego, por unos orificios adecuados, al otro lado de un mamparo de acero.

—Esto es como aquellas bicicletas terrestres en tándem para dos o más personas —comentó Olsen, en el momento de elegir su banco —. Claro que aquí hay más… pedales, cincuenta por banda, pero si te fijas en que somos tres por pedal, te darás cuenta de que bogamos a la vez trescientos hombres.

—¿Y eso produce energía eléctrica? —preguntó Martiz, apoyando sus manos en el brazo que tenía frente a sí.

Olsen volvió la cabeza hacia el mamparo posterior.

—Al otro lado de aquella pared de acero están los mecanismos multiplicadores de velocidad y los generadores de energía —dijo—. Hay dos salas de boga idénticas, de modo que son seiscientos los hombres que bogan a un tiempo. Teniendo en cuenta que los períodos de boga son de doce horas, cuenta que somos mil doscientos los galeotes que estamos a bordo.

—¡Doce horas! —se estremeció Martiz.

—Bueno, a veces se descansa un poco. Una bancada deja de bogar, mientras los otros producen energía, pero eso es cuando han pasado ya muchas horas y las dínamos están funcionando a pleno rendimiento.

—Vamos a luchar contra los piratas irmdarianos. ¿Qué sucede caso de un impacto en una sala de boga?

—Pues… que trescientos galeotes se van al infierno, así de sencillo —contestó Olsen.

La voz de Wu—ted sonó de pronto.

—¡Atención, galeotes! ¡Vamos a empezar cuando yo dé la señal! De momento, el ritmo será de treinta golpes por minuto. Más adelante, aumentaremos la velocidad. ¡Manos a los brazos propulsores!

Seiscientas manos se apoyaron en cien brazos.

Trescientos ojos se fijaron en el cómitre, cuyo brazo derecho estaba levantado.

Martiz observó que, detrás del cómitre, había un largo mamparo transparente, al otro lado del cual se veían unos cuantos individuos, que parecían ser los oficiales de la galera. Uno de éstos se volvió e hizo una señal a Wu—ted.

—¡Ahora! —rugió el cómitre—. ¡Adelante, perros!

Cien ruedas empezaron a girar al mismo tiempo con sordo zumbido. Martiz pensó que, por lo menos, grasa no faltaba.

Wu—ted marcaba el ritmo con la voz.

—Uno…, dos…, uno…, dos… Así, muy bien… Treinta golpes por minuto… Pronto estaremos en el espacio, gracias a vuestros músculos… Uno…, dos…, uno…, dos…

Martiz se aterró.

—Vamos a despegar… y no estamos siquiera sujetos a los bancos —dijo.

—Calla y deja de hablar —contestó Olsen entre dientes—. Hay anuladores de campo de gravedad… y si te oyen hablar mientras bogas, te romperán una costilla.

Los trescientos hombres se movían al mismo tiempo, con ritmo isócrono. Martiz estaba en el centro de su banco, entre Olsen y otro sujeto con el cual no había cruzado la palabra y, que le pareció también terrestre.

La galera se estremeció ligeramente. Martiz entendió que habían alzado el vuelo.

Entonces, vio a Kania aparecer al otro lado de la mampara, en el puente de mando.

La joven había mudado su indumentaria, poniéndose otra más modesta de apariencia, aunque de conformación idéntica a la anterior. El peto, observó Martiz, parecía de cuero grueso y recio, de color claro, y la falda del mismo material, aunque algo más flexible. No llevaba casco y su abundante cabellera rojiza estaba recogida en un amplio rodete en la nuca.

Las mandíbulas de Kania se movían rítmicamente. Mascaba chicle, el gran vicio nacional de los zbolianos.

Wu—ted tenía en su estrado una mesita, sobre la que colocó una grabadora con una cinta impresionada por él mismo. De este modo, se ahorraba tener que marcar el ritmo de la bogada con su propia voz.

Luego sacó del bolsillo una pastilla de goma de mascar, le quitó la envoltura y se la echó a la boca. Una expresión de intenso placer apareció en su cara segundos más tarde.

En el puente, Kania estaba reunida con su estado mayor, contemplando una carta estelar.

—El Servicio de Información ha detectado naves piratas en el sector A—6 —dijo—. Las galeras tres y cinco avanzarán de descubierta, absteniéndose de entablar combate, caso de avistar al enemigo.

»Si lo consiguen —añadió—, se limitarán a observar su posición y a comunicar inmediatamente el resultado de sus observaciones. Yo decidiré entonces el resto de la operación.

—Duquesa, los irmdarianos van muy bien armados —dijo el capitán Rofor—. Además, sus naves son más rápidas que las nuestras… y tienen propulsores Battin—Grawson, tipo VI.

—Lo sé —contestó Kania—. Pero ¿qué podemos hacer, sino cumplir las órdenes imperiales?

Rofor miró a la joven. El rostro de Kania permanecía inescrutable detrás de sus gafas de color. No eran de color, se dijo Rofor, sino polarizadas, de modo que ella podía ver a través del vidrio, sin que los demás viesen sus ojos.

—Sí, señora —contestó—. Cumpliremos las órdenes hasta el final.

—En todo caso —dijo Kania—, podemos emplear los propulsores de reserva.

Rofor se horrorizó.

—¡Duquesa! ¡Los reglamentos lo prohíben terminantemente, salvo en casos de… de muerte de más de un cincuenta por ciento de los galeotes! —exclamó.

—Las órdenes que tengo yo son de combatir a los piratas irmdarianos —repuso ella fríamente—. Nadie me ha dicho que no use los propulsores Battin—Grawson, sino que derrote a los piratas.

Eso es todo, capitán.

—Sí, señora.

Kania fijó los ojos en Rofor.

—Observo que no emplea goma de mascar —dijo.

Rofor emitió una sonrisita de conejo.

—Tengo entendido que no hace mucho se atrapó una partida… en especiales condiciones —respondió—. No me agradaría perder la salud, señora.

Ella le entregó una pastilla.

—Tome —dijo—; este chicle es inofensivo.

—Gracias, duquesa.

—El hombre que trajo esa partida de goma de mascar en… especiales condiciones, ha sido severamente castigado —manifestó Kania—. Incluso creo que está en esta misma galera.

—Si lo desea, puedo buscarle y…

Kania alzó una mano.

—No es necesario —contestó—. Vuelvo a mi cámara, capitán. La vigilancia debe seguir incesantemente. Si se produjese alguna novedad, llámeme en el acto.

—Sí, señora.

Rofor se quedó solo con los oficiales de servicio en el puente.

—Nada menos que una prima del Emperador —murmuró—. ¿Por qué diablos la habrán enviado a mandar esta flotilla de galeras?

—Capitán —dijo lúgubremente su segundo—, hay muy pocas probabilidades de que volvamos a Zbol. De este modo, el Emperador se deshace honorablemente de un adversario político.

—Si tuviese que deshacerse de todos —comentó el capitán—, no habría bastantes galeras para llenarlas con todos los que detestan a Othid.

* * *

Los días pasaban lenta y monótonamente.

Doce horas de boga. Doce horas de descanso. Cuando dormía, Martiz soñaba con su banco de boga.

Los primeros días habían sido especialmente infernales. Creyó que se le romperían los brazos y se le estallarían los músculos de los

hombros y que se quedaría sin riñones. Las manos se le llagaron y, con las palmas ensangrentadas, hubo de continuar bogando.

Poco a poco, sus músculos se endurecieron y los callos aparecieron en sus manos. La mente se le endureció también.

Bogar en absoluto silencio, sin conversar con nadie, oyendo solamente la monótona voz de Wu—ted era enloquecedor. Más de uno se sintió incapaz de resistirlo y acometió al cómitre, con ánimo de recibir la muerte.

Wu—ted era un hombre astuto y experimentado. Rechazó al rebelde a latigazo limpio y lo envió de nuevo a su banco.

Uno, sin embargo, consiguió sus propósitos. Incluso llegó al cuello del cómitre, pero Wu—ted lo rechazó de un brutal patadón. Cuando el condenado se levantó, la hoja de flexible acero se enroscó en su cuello.

En el último instante, el galeote comprendió la enormidad de su acción. Fue a gritar, pero el brutal tirón que dio Wu—ted cortó en seco su voz… y su garganta. La cabeza, separada de su tronco, dio unos cuantos botes en el suelo y fue a parar a unos pasos del lugar donde Martiz bogaba.

Martiz volvió la vista. Apretó los labios; no quería vomitar. Los ayudantes de Wu—ted se encargaron de despejar y limpiar la sala de boga.

«Confía. Espera», se decía Martiz más de una vez.

Pero los días pasaban y no había recibido un nuevo mensaje.

Confiar… ¿en quién?

Esperar… ¿a quién?

Olsen le arrancó de sus melancólicos pensamientos, entregándole un plato rebosante de comida.

—Vamos, llena la tripa —dijo—. Nos tienen sujetos aquí, pero, al menos, no se les puede negar que nos cuidan el estómago.

Martiz no tenía mucho apetito, pero se aplicó a vaciar el plato. Doce horas seguidas de boga consumían muchas energías. Si no comía abundantemente, podía acabar con los pulmones destrozados.

Los timbres de alarma sonaron de pronto, estremeciendo la atmósfera interna de la nave.

—¡Atención, atención! —bramaron los megáfonos—. Todo el mundo, a sus puestos de combate, Cómitres y ayudantes, encadenen

a los bogadores. Los galeotes en descanso, quedarán encerrados en sus alojamientos. ¡A los puestos de combate, a los puestos de combate!

Arriba, a varios pisos de distancia, sonó un clarín. Se oyeron pasos acelerados y entrechocar de armas.

Alguien echó los cerrojos por fuera.

—Esperemos que los piratas sean tan considerados como para no meternos un proyectil aquí —dijo Olsen—. Moriríamos en el acto.

La cámara carecía de ventanales. Era imposible ver lo que sucedía en el exterior.

—¡Atención, atención! —dijo la misma voz—. ¡Personal combatiente, pónganse todos los trajes espaciales! ¡Flotilla enemiga avistada a noventa minutos luz! ¡Entablaremos contacto dentro de ochenta y ocho minutos!

Olsen hizo una mueca de amargura.

—Ellos disponen de trajes espaciales… Nosotros…

Martiz sintió que perdía de pronto el apetito. Dejó el plato a un lado y miró hacia la pared opuesta a la puerta, como si quisiera taladrar el metal con la vista.

El tiempo transcurrió con infinita lentitud. De pronto, se oyó la voz de Wu—ted.

—¡A sesenta golpes por minuto! ¡Vamos, perros, bogad aprisa!

—Sesenta golpes —se estremeció Olsen—. La cosa está fea…

Una sorda vibración hacía temblar la estructura de la nave de proa a popa. De pronto, algo trepidó en las entrañas del navío.

—Primer torpedo —anunció Olsen.

Alguien, en el puente, gritó:

—¡Impacto! ¡Una nave irmgariana destruida!

Se oyeron voces jubilosas. Luego uno informó:

—Galera número tres se retira, destruidas unidades propulsoras, empleando motores Battin—Grawson.

—Seiscientos galeotes al infierno, por lo menos —masculló Olsen.

Martiz se estremeció. Seiscientos hombres habían perdido la vida en un instante. ¿Qué clase de guerra era aquélla?

Súbitamente, un tremendo crujido sacudió la nave. El suelo se movió y los condenados fueron lanzados unos contra otros.

Las luces oscilaron. Alguien informó:

—¡Impacto directo en la sala de boga número uno! ¡Todos los galeotes muertos!

Capítulo IV

Olsen soltó un gruñido.

—Wu—ted se habrá salvado, a menos que estuviese en las proximidades del impacto. Llevará traje espacial y…

—¿Ha perforado el casco el torpedo? —preguntó Martiz.

—Indudablemente. La galera lleva doble casco…, pero los irmgarianos habrán disparado un torpedo de doble efecto.

—Perforante y explosivo, sucesivamente —adivinó Martiz.

—Tú lo has dicho…

Otro nuevo impacto sacudió la nave. Se oyó un chillido de terror.

—¡El puente ha sido destruido!

Martiz se puso en pie.

—Kania ha muerto —dijo.

Olsen se encogió de hombros.

—Ya dije que no saldríamos con vida de ésta. ¿Qué nos importa lo que le haya podido pasar a esa prójima?

Los altavoces tronaron de nuevo.

—¡Naves cuatro y siete, destruidas totalmente por impactos directos! ¡Nave dos, gravemente averiada, se retira!

Otra voz emitió un rugido:

—¡Equipos de reparación, listos para actuar!

—¿Quién tiene ahora el mando de la nave? —preguntó Martiz.

—Vete a saber —respondió Crabb, el hombre que tenían en su mismo banco—. Cualquier oficial de medio pelo…

La voz de Kania se dejó oír inesperadamente.

—Disparen una salva de doce torpedos y emprendan la retirada. ¡Ahora mismo!

En las entrañas de la nave, a cuarenta metros bajo el alojamiento de los galeotes, doce tubos, de doscientos centímetros de calibre cada uno, se encendieron sucesivamente.

Los estremecimientos de cada disparo se notaron perceptiblemente en la cámara.

—¡Conecten dispositivos hiperespaciales de los torpedos! ¡Las naves irmgarianas se baten en retirada!

—Es Kania —dijo Martiz, maravillado.

—Tendré que reconocer que es una mujer de temple —murmuró Olsen—. Pero, si los otros se retiran, ¿por qué hacerlo nosotros?

—Los irmdarianos se esconden en el hiperespacio —opinó Crabb —. Puede que los torpedos así lanzados alcancen alguna de sus naves, pero no es seguro. Y, en medio de todo, nuestras bajas han sido mayores que las de ellos.

Martiz le miró con sorpresa.

—Parece que entiendes del asunto —dijo.

—Fui instructor de astronáutica en Zbol —contestó Crabb.

Era un hombre joven y de presencia agradable. Hasta entonces, apenas si habían cruzado más palabras que las indispensables.

—¿Por qué te enviaron aquí? —preguntó Martiz, intrigado.

—Cometí el error de enamorarme de una chica zboliana. Era muy bonita y los esbirros de Othid se la llevaron a palacio. Traté de rescatarla… y lo único que conseguí fueron doce años de galeras.

—¿Y ella?

Crabb se encogió de hombros.

—A estas horas, estará muerta —contestó—. Othid habrá mandado arrojarla a la cueva de los cangrejos carnívoros o la habrá soltado en la zona de caníbales.

Otro altavoz sonó de pronto.

—Reparado el orificio en la sala de boga número uno. Urge despejarla y ponerla de nuevo en condiciones de funcionamiento. Reparados destrozos del casco en el puente de mando.

—Ahora viene lo bueno —anunció Olsen.

Minutos después, se abrió la puerta del encierro.

—Salgan —ordenó un guardia—. Hay que limpiar la sala de boga número uno.

—¿Muchos muertos? —preguntó alguien.

—Trescientos —contestó el guardia lacónicamente.

Martiz se estremeció.

Los galeotes, atados a sus bancos y sin la protección de traje espacial, habrían muerto instantáneamente por descompresión, apenas quedó perforado el casco.

El mismo curioso inquirió:

—¿Y Wu—ted?

—Sigue vivo, si eso tanto te preocupa. ¡Vamos, fuera todos!

El espectáculo que ofrecía la sala de boga era horroroso.

Trescientos hombres habían perecido en un santiamén. Todavía estaban en los bancos, adoptando las más extrañas posturas, con manchas de sangre en nariz, boca y oídos. En muchos de ellos había quedado petrificada la última mueca de terror.

El aire se escapó en segundos. Martiz pensó que aquellos pocos segundos debieron ser espantosos para los hombres que estaban en los bancos.

Algunos yacían en el suelo, con las manos y una pierna estirada, y la otra unida a la argolla que le había impedido una huida que, pese a todo, habían intentado en el último momento. La muerte había llegado rápidamente, inmovilizándolos en tan trágica postura.

Varios guardias, provistos de sendas llaves, abrían las argollas que aún ceñían el tobillo derecho de cada galeote muerto. La voz de Wu—ted sonó bronca, atormentadora:

—¡Vamos, esclavos, sacad fuera esta carroña!

Los equipos de reparaciones revisaban minuciosamente la cadena motriz y las ruedas propulsoras. Ajenos a lo que ocurría a su alrededor, se movían con rapidez y eficiencia.

«Al menos, hay disciplina», pensó Martiz, a quien, como capitán de astronave, no dejó de agradarle aquel detalle.

Pero casi inmediatamente sintió odio hacia los zbolianos, los cuales tan poca importancia daban a la vida de sus semejantes. Trescientos hombres habían muerto para que un sádico pudiera continuar disfrutando de perversos caprichos.

Miró hacia el puente. La mampara de vidrio estaba resquebrajada, pero había resistido.

Un operario lanzaba vidrio líquido sobre la grieta. El vidrio se solidificaba casi instantáneamente. Otro, con una pulidora, limaba salientes innecesarios.

Detrás del cristal, Kania, con su equipo de combate, mascaba chicle con indiferencia. Martiz se preguntó de qué color tendría sus ojos.

Alguien le empujó rudamente.

—¡Vamos, escoria, trabaja!

Martiz se revolvió fieramente.

—¡No me toque! —gritó.

Wu—ted se quedó paralizado por el asombro. Los demás galeotes suspendieron la labor unos instantes.

Una torva sonrisa apareció en los labios del cómitre.

—Conque rebelde, ¿eh? —murmuró—. Ahora verás cómo curo yo las veleidades de rebeldía.

Dio unos pasos atrás y enarboló el látigo.

Entonces, una voz imperativa dijo:

—¡Quieto, Wu—ted!

El cómitre se volvió atónito hacia el puente. Kania, con un micrófono en la mano, agregó:

—Que venga inmediatamente ese hombre. Los demás, prosigan su labor.

Wu—ted dirigió al joven una torva mirada.

—Volveremos a vernos —prometió.

Olsen soltó una risita, a la vez que cargaba sobre los hombros el cadáver de un galeote.

—Le has caído en gracia —dijo—. ¡Que aproveche!

Un oficial de grado inferior se acercó a Martiz.

—Sígame —ordenó.

Martiz se limpió las manos en los muslos desnudos. Luego emprendió la marcha detrás del oficial.

La sala de boga comunicaba con el puente a través de un túnel de suelo inclinado, de puertas de estanqueidad automática. En aquellos momentos, las dos estaban abiertas de par en par.

Martiz entró en el puente. Era la primera vez que veía la cámara de mandos de una nave zboliana.

El suelo había sido despejado de cadáveres. Las lucernas rotas habían sido repuestas y un equipo de especialistas sustituía los instrumentos averiados.

El comandante de la nave disponía de un pequeño estrado semicircular, dotado de barandilla protectora. En el estrado había una larga consola con tres sillones.

Kania estaba sentada en uno de los sillones, con las piernas cruzadas. Miró al joven unos segundos y luego dijo:

—Usted es Jan Martiz, capitán de la «Lena Shann», astronave terrestre.

—Sí, duquesa.

—Las naves de patrulla zbolianas atraparon la suya, abarrotada de contrabando. ¿Es cierto?

Martiz sonrió amargamente.

—Por eso estoy aquí —dijo—. Pero lo que yo traía como contrabando nunca fue motivo de una condena perpetua; todo lo más, multa y confiscación del cargamento.

—Lo sé. En Zbol no tenemos chicle, porque, sencillamente, no hay árboles caucheros. El que se fabrica sintético es horrible y, además, se descompone en menos de una semana.

—Debe ser cuestión de las aguas —observó el joven sarcásticamente.

—A los zbolianos nos gusta y lo importamos de su planeta en cantidades fabulosas. Pero resulta caro y de ahí el contrabando.

—Un medio como otro cualquiera de ganarse la vida —dijo Martiz—. Yo no tengo la culpa de que ustedes sean tan aficionados a ese… dulce, por llamarlo de alguna manera.

—Ustedes nos aficionaron a ello, bueno, las primeras expediciones terrestres, hace ya más de doscientos años. Pero nadie había hecho lo que usted hasta ahora.

Martiz enarcó las cejas.

—¿Yo? Bueno, llevaba en la nave varios cientos de toneladas…

—De goma de mascar drogada.

Hubo una larga pausa de silencio.

—Creo no haber oído bien —dijo Martiz al cabo.

—Ha oído perfectamente, ex capitán —confirmó Kania, impasible—. Todo su cargamento estaba drogado: heroína, «haschisch», cocaína, ácido lisérgico… Por lo visto, ahora querían convertirnos en habituales de esas drogas. ¿Le extraña que la pena haya sido tan dura?

Martiz se pasó una mano por la cara.

—Duquesa, le juro que no entiendo lo que pasa. Mi cargamento estaba en perfectas condiciones…

—Las pruebas de laboratorio, elegidas en paquetes tomados al azar de entre su cargamento, no mienten, Martiz.

—Pero… pero… Repito que yo no…

Kania se encogió de hombros.

—Eso no tiene importancia ahora —dijo fríamente—. Quizá pueda encontrar un día al hombre que le engañó. Entonces podrá pedirle todas las explicaciones que crea necesarias.

—¿Con una condena de galeras perpetua? —dijo él amargamente.

—Hay posibilidad de que esa pena sea… aminorada, incluso indultada.

De nuevo se produjo otra pausa de silencio. Martiz miraba a la joven con fijeza.

—Me gustaría saber si estoy soñando —dijo al fin.

—Está despierto, capitán Martiz —aseguró Kania—. Prácticamente me he quedado sin oficiales en la nave. Los que restan en las otras, son necesarios en sus puestos. ¿Quiere usted hacerse cargo del mando de esta galera?

Capítulo V

Kania no bromeaba, decidió Martiz. Las gafas impedían ver la expresión de sus ojos, pero el rostro expresaba una absoluta seriedad.

—¿Qué dirán en Zbol cuando lo sepan? —preguntó.

—Por ahora, no es necesario que se enteren de ello.

—En la galera lo sabrán.

—Sí, desde luego.

—Los, de comunicaciones, alguno de ellos, claro, pueden sentir la tentación de contar al Estado Mayor lo que pasa aquí.

—Los de comunicaciones están enteramente a mi lado —manifestó Kania—. Harán exactamente lo que yo les ordene.

Aquellas palabras hicieron pensar mucho a Martiz. ¿Era Kania una conspiradora y estaba tomándole como instrumento para conseguir sus fines?

En todo caso, había algo que le ofrecía un aliciente: abandonar los bancos de boga y luchar por su libertad.

¿Quién le había dicho una vez: «Confía. Espera»? ¿Había llegado ya el momento?

La cara de Kania se mantenía inescrutable.

—¿Y bien, capitán?

—Acepto —respondió Martiz al cabo.

Ella se puso en pie.

—Lo esperaba —contestó.

—Pero debo imponer algunas condiciones.

—¿Sí? ¿Cuáles?

—Necesito ayudantes.

—Por supuesto. ¿A quiénes nombrará?

—De momento, a Pedro Crabb, ex instructor de astronáutica. También a Rex Olsen. Serán buenos elementos.

—Aceptado, capitán. —Kania se volvió a un lado—. ¿Teniente Nirl?

Un oficial se acercó con presteza.

—A sus órdenes, duquesa.

—El capitán Martiz será, a partir de ahora, el nuevo comandante de la nave. Usted y todos los demás obedecerán como obedecieron a

Rofor.

—Sí, duquesa.

Kania miró a Martiz de pies a cabeza.

—Así no puede continuar. El teniente Nirl le proporcionará ropas adecuadas. Eso es todo por ahora.

Kania pasó por entre los dos hombres y abandonó el puente.

Nirl hizo un gesto con la mano.

—Venga, capitán; tiene que ponerse ropas limpias —invitó.

Unos minutos más tarde, Martiz se había puesto una camisa de manga corta y unos pantalones ajustados, amén de unas botas de media caña. En las hombreras de la camisa, negras, brillaban los cuatro clavos de plata, símbolo de su nuevo rango.

—Éste es su traje espacial, capitán —indicó Nirl—. Debe saber dónde está, para ponérselo en caso necesario.

—Ordene que lo lleven al puente. Estará allí en todo momento.

—Sí, señor.

—Yo iré al puente dentro de unos minutos. Mientras tanto, que todo siga como hasta ahora.

—Bien, capitán.

El joven se dispuso a salir. Desde el umbral, se volvió y miró al teniente.

—¿Nirl?

—Diga, señor —contestó el oficial respetuosamente.

—¿No siente usted… digamos repugnancia a actuar bajo las órdenes de un terrestre?

—Las órdenes que usted dé, serán una mera interpretación de las de la duquesa Kania, señor.

—Ah —murmuró Martiz—. Una buena manera de sacudirse las pulgas.

—¿Decía usted, capitán?

—Nada, era una frase terrestre. Cumpla usted mis órdenes…, que interpretan las de la duquesa.

—Sí, señor.

Martiz se dirigió inmediatamente a la sala de boga, donde todavía quedaban algunos cadáveres por retirar. Al verle, Wu—ted se dirigió hacia él en actitud amenazadora.

—¡Ahora verás, perro miserable…!

De pronto, se fijó en las hombreras del joven y se detuvo como

herido por el rayo.

—Señor, yo…

Martiz alargó la mano y le cogió el látigo.

—No volverá a usarlo —dijo tranquilamente—. Por el momento, la boga es necesaria, de modo que usted seguirá marcando el ritmo. Pero si me entero de que maltrata a uno solo de los condenados, ordenaré que lo arrojen al espacio por el expulsor de desperdicios. Ahora soy el nuevo comandante de la nave, métase esto en la cabeza.

—Sí…, sí, señor… —contestó Wu—ted, tragando saliva.

—Y otra cosa: a partir de este momento, los turnos de boga serán de ocho horas. En cada mango habrá dos hombres y uno en el siguiente, alternativamente: dos en el primero, uno en el segundo y así de manera sucesiva. De este modo, tendremos un ahorro de setenta y cinco hombres por bancada. ¿Está claro?

—Pero… Pero la energía producida será menor…

—Sólo durante los primeros minutos, hasta que los bogadores hayan alcanzado el ritmo necesario. Ah, y no sobrepase usted nunca los cuarenta golpes por segundo. ¿Ha comprendido bien mis instrucciones?

—Sí, capitán.

—¡Pues empiece a cumplirlas! —ordeñó Martiz con voz tonante.

Wu—ted huyó a la carrera. Los restantes galeotes contemplaban al joven con asombro.

Sólo Olsen sonreía socarronamente.

—Ya dije que ella se había encaprichado de ti…

—Rex, ahora soy el capitán —dijo Martiz severamente, en un tono harto significativo.

Olsen se puso serio.

—Entiendo, señor —contestó.

—¿Qué hacía usted, antes de ser condenado?

—Había alcanzado el grado de primer ingeniero astronáutico, señor.

—¿Conoce los motores Battin—Grawson?

—Como la palma de mi mano, señor. Son eficientes, aunque algo delicados si se les usa con prodigalidad, sobre todo los del tipo II, que son los de esta galera.

—Encárguese de solucionar ese defecto. En cuanto pueda,

reduciré los turnos de boga.

Sonó un grito de alegría general. Los condenados vislumbraban en aquellas palabras un rayo de esperanza.

Martiz se volvió hacia el otro compañero de boga.

—Crabb, necesito un segundo con experiencia —dijo lacónicamente.

El hombre sonrió.

—Haré lo que pueda, señor —respondió.

—Bien, en tal caso, busque al teniente Nirl. Él le facilitará ropas e insignias de su nuevo grado. Vaya luego al puente: tenemos mucho que hacer.

Crabb se llevó una mano a la sien.

—A la orden, capitán —contestó.

* * *

Kania entró en el puente y se dirigió inmediatamente a la consola de mandos.

Martiz se puso en pie al verla. Lamentó una vez más no poder apreciar el color de sus pupilas.

Crabb se hallaba en pie, frente a los ventanales, detrás de un telescopio de gran potencia. El detector de naves en vuelo hiperespacial quedaba a su derecha.

—Todo en orden, duquesa —informó Martiz—. He hecho algunas cosas y creo debe saberlas.

—Hable —pidió ella parcamente.

—En primer lugar, he hecho una inspección del armamento. Todavía contamos con sesenta torpedos, de ellos la mitad con dispositivo hiperespacial en su segunda etapa de lanzamiento.

—Las naves irmdarianas son muchas —alegó Kania.

—Lo sé, duquesa, pero todavía quedan dos de las nuestras en perfecto estado de combate. Las dos averiadas tratan de ponerse nuevamente en condiciones de luchar.

—Ordene que se dirijan a los astilleros de Kar—Sinar. Aquí no harán nada útil, excepto sacrificarse tontamente.

—Bien, señora. También he ordenado algunas modificaciones en los turnos de boga…

Kania escuchó silenciosamente las explicaciones que le daba el

joven. Al terminar, preguntó:

—¿No se resentirá la producción de energía?

—No, en absoluto, salvo los primeros momentos, como ya indiqué a Wu—ted. Una vez vencida la inercia, los setenta y cinco hombres de cada bancada serán suficientes para generar la electricidad necesaria. Además, trabajarán con mayor eficiencia.

—Le he nombrado capitán y usted debe asumir sus propias responsabilidades. ¿Qué más?

—Uno de mis ayudantes, el ingeniero Olsen, está tratando de aumentar el rendimiento de los motores Battin—Grawson.

—¿Para qué? —preguntó Kania.

—Puede llegar un momento en que necesitemos una superimpulsión instantánea. Tal como están ahora, no lo conseguiríamos.

—Ello provocaría la explosión de los motores —dijo ella.

—Eso es lo que trata de evitar Olsen, duquesa.

Kania sacó una pastilla de chicle y empezó a desenvolver el papel que la cubría, pero, de pronto, se sonrojó y la tiró a un lado.

—Es una estupidez —dijo.

—A veces, resulta agradable. Con exceso, es… inadecuado.

Kania asintió.

—¿Han detectado naves enemigas?

—Por ahora, no, señora.

—Volverán a intentarlo —dijo ella pensativamente—. Les cortamos el paso y quieren apoderarse de un buen botín.

—No comprendo. ¿Por qué Irmdar permite la piratería?

Kania emitió una amarga sonrisa.

—Les resulta más económico robar naves cargadas que producir o fabricar los objetos del cargamento. Pero en Zbol no se han preocupado nunca seriamente de este problema. Si en lugar de enviar solamente siete naves, se alistase una potente escuadra, los irmdarianos recibirían tal lección, que nunca más volverían a atacar a nuestras naves mercantes.

—Imagino que éste es un problema de alta política, que escapa a sus simples posibilidades, duquesa.

—Desde luego.

Kania arrojó un vistazo a los instrumentos.

—Parece que todo marcha bien —dijo.

—Sí, señora; estamos a bordo de una buena nave.

—Los condenados bogan de firme —dijo ella, tras observar el indicador correspondiente.

—He reducido el tiempo de boga y el número de bogadores —declaró Martiz—. Mis intenciones son de volar finalmente sólo con los motores.

Kania frunció el ceño.

—¿Cree que será posible? —preguntó.

—Todo depende del informe del ingeniero Olsen. Hasta mañana, por lo menos, no estará listo.

La joven se acercó al mamparo de vidrio, desde el cual se captaba una visión perfecta de las dos salas de boga. Sus labios se movieron silenciosamente y Martiz comprendió que estaba contando el número de galeotes.

Las dos salas de boga estaban separadas entre sí por un largo mamparo, que impedía al que estaba en una de las salas ver lo que sucedía en la otra. En cambio, desde el puente y desde el estrado de Wu—ted podían divisarse ambas salas con todo detalle.

Los condenados bogaban rítmicamente, a treinta y cinco golpes por minuto en aquellos momentos. Wu—ted vigilaba atentamente a los hombres sentados en los bancos.

—Ahora hay setenta y cinco por bancada —dijo ella—, lo cual suma trescientos en total entre las dos salas.

—Antes había el doble, seiscientos bogadores a la vez —contestó Martiz—. Si descontamos las trescientas bajas sufridas, el total de condenados será, aproximadamente, de novecientos. Algunos más, debido el pequeño remanente que existe para cubrir bajas por causas naturales. Por tanto, bogando trescientos a la vez, podemos permitir que los turnos sean de ocho horas en lugar de doce.

—Lo hacen con mejor ánimo que cuando eran el doble en número.

—Salvo los primeros minutos, el efecto es el mismo. Ahora disponen de más tiempo para descansar… y tienen unas esperanzas de que antes carecían.

—¿Qué esperanzas? —preguntó Kania.

Martiz se volvió hacia ella y la miró resueltamente.

—La esperanza de ganarse su libertad —contestó.

—La mayor parte de los condenados son por delitos comunes —

objetó ella.

—Exceptuando algunos pocos, ninguno de los demás hizo nada tan grave como para merecer una pena tan bárbara. Llegado el caso, pelearán como fieras, créame.

—¡Cómo! —respondió Kania—. ¿Piensa acaso emplearlos como soldados?

—Exactamente, duquesa; eso es lo que pienso hacer, si la ocasión se presenta —respondió el joven sin inmutarse.

Capítulo VI

Una vez más, Jan Martiz se repitió las dos palabras escritas en el mensaje que la cortesana le había entregado en la aldea.

«Confiar. Esperar.» ¿En quién? ¿A quién?

Trató de rememorar el rostro de la mujer. Poco había podido ver de ella; sólo unos ojos verdes, de intensa mirada, grandes y rasgados, en un rostro ovalado, casi completamente oculto por el velo que cubría su cabeza. El velo le había impedido ver también de qué color tenía los cabellos. Negros, posiblemente, pensó.

Pero, ¿por qué le había elegido a él, precisamente? Además, ¿qué papel desempeñaba una mujer de su clase en lo que parecía una conspiración para derrocar a Othid LXII?

Las ramificaciones de esa hipotética conversación, ¿llegaban hasta la galera?

Un toque de nudillos en la puerta vino a interrumpir sus meditaciones. Concedió permiso y la puerta se abrió:

—¿Capitán? —saludó Olsen.

—Siéntese, ingeniero —contestó el joven—. Lamento no tener a mano una botella de vino.

Olsen hizo una mueca. Estaba sucio y se le veía cansado.

—Estos zbolianos se pirran por la goma de mascar, aunque me imagino que, si me diese una vueltecita por el pañol de víveres, encontraría más de una botella. En fin, lo dejaremos para mejor ocasión.

—Sí, desde luego. ¿Qué me cuenta de los motores?

—Estoy en disposición de sacarles un quince por ciento más de rendimiento. No me atrevo a rebasar esa cifra; no me gustaría volar en pedacitos por el espacio.

—Comprendo. ¿Y ese quince por ciento, significa…?

—Una rapidez de maniobra casi instantánea, para casos de emergencia, y la supresión casi total de la boga en etapas de crucero.

Martiz hizo un gesto aprobatorio.

—Una buena labor, ingeniero —elogió.

—¡Bah, ha sido sencillo, aunque pesado! —contestó Olsen—. Son unos motorcitos muy endebles; parecen hechos de hojalata.

—Estamos en una nave construida para castigo de condenados; no para empresas mayores. De todas formas, procuraremos sobrevivir.

—¡Hum! —dudó Olsen—. Difícil lo veo…, aunque no le haré ascos a eso que acaba de decir. Bien, capitán; estoy muerto de cansancio…

—Un momento, Olsen.

—¿Señor?

—Dígame, a usted lo condenaron a veinte años de galeras por asesinato.

—Homicidio, señor; yo no planeé la muerte, lo cual motiva una calificación muy distinta del delito. Ocurrió circunstancial y no deliberadamente.

—Comprendo. ¿Quién fue la víctima?

La cara del ingeniero se contrajo.

—Un tipo… algo tan viejo como el mundo. Yo estaba de viaje, pero anticipé mi regreso y los encontré juntos, en amable coloquio. El fulano en lugar de escapar, quiso rebanarme el pescuezo. Naturalmente, no iba a permitírselo, ¡no faltaría más!

—Se comprende, siendo usted el ofendido. Ella, ¿era su esposa?

—Sí. Tuve la debilidad de casarme con una zboliana y así me lució el pelo. Ahora anda por ahí, con tres discos de plata en su túnica. Imagínese qué hace.

Martiz asintió.

—Comprendo —dijo—. Dispénseme, Olsen.

—No importa, capitán. ¿Puedo retirarme?

—Sí, claro. Buenas noches, ingeniero.

—Buenas noches, señor… Ah, una cosa.

Olsen tenía ya la mano en el pomo de la puerta. Se volvió y miró al joven con expresión penetrante.

—Capitán, a muchos nos ha gustado su designación para el cargo —manifestó—. Siento tener que decirle que hay también algunos discrepantes.

—Me lo imagino, Olsen. ¿Algo más?

—No, es suficiente. Mantenga los ojos bien abiertos, se lo aconsejo, capitán.

—Lo tendré en cuenta, Olsen.

El ingeniero salió. Martiz se tendió en la litera.

Las declaraciones de Olsen no le extrañaban en absoluto. Kania ya le había adelantado algo al respecto, aunque añadiendo que los de comunicaciones le eran absolutamente fieles.

¿Formaba Kania parte de la conspiración que, presentía, estaba dirigida al derrocamiento de Othid?

Sin embargo, por el momento sus problemas eran más inmediatos: los piratas irmdarianos que merodeaban no lejos de ellos y que, en cualquier momento, podían surgir del hiperespacio para lanzar un ataque devastador, que les dejase el paso franco hasta las espaciolíneas comerciales zbolianas.

Al cabo de un rato se durmió, creyendo haber encontrado un buen plan de ataque y defensa simultáneos para el próximo encuentro con los irmdarianos. Su sueño duró unas cuantas horas hasta que, de pronto, sin saber por qué, se despertó súbitamente.

Aguzó el oído. Todo estaba silencioso a bordo de la nave. Tan sólo se oían algunos tenues crujidos del metal, el zumbido de los generadores de energía, funcionando a muchos metros por debajo de él…

Su cámara disponía de una gran lucerna. Contempló las estrellas, que brillaban fríamente en la eterna noche del espacio. ¿Dónde estaba aquella estrella denominada Sol?

Sentíase inquieto y nervioso, sin saber exactamente la causa. De pronto, saltó de la cama y, a tientas, se puso las botas.

Presentía que iba a ocurrir algo. Las advertencias de Olsen se habían clavado en su mente. Kania tenía muchos fieles en la nave, pero otros no estaban de acuerdo con su decisión de nombrarle a él capitán de la galera.

Abrió la puerta. El largo corredor que conducía a la cámara de mando estaba desierto.

Uno de los lados del corredor quedaba al aire, protegido por una barandilla. Martiz divisó las estructuras inferiores, puentes de viguetas, torres de entramado metálico para los ascensores, los tubos de aireación… y a Olsen que avanzaba silencioso como un gato, con la vista fija en un punto determinado.

El tuerto llevaba en la mano un cuchillo de aspecto pavoroso. ¿Se disponía a cometer un nuevo homicidio?

De pronto, Martiz vio a un hombre situado a diez pasos por delante del ingeniero, caminando con los hombros pegados a un

mamparo de metal. La penumbra nocturna le impidió reconocer al individuo, pero no tardó en adivinar su ruta.

Se dirigía a la sala de comunicaciones, en la que siempre había un experto de guardia. El sujeto llevaba en la mano una pistola atómica.

Sus intenciones estaban bien claras: matar al operador de comunicaciones y emitir un mensaje… ¿a quién?

Seguramente, al Estado Mayor de Astronáutica. Si en Zbol conocían la nueva situación de la galera, no dejarían de tomar medidas contra ellos, nada agradables, por supuesto.

El hombre puso la mano en la puerta. Antes de abrir, miró a su alrededor.

Entonces vio a Olsen. Levantó la pistola, pero ya el cuchillo volaba por los aires.

El hombre soltó su pistola, a la vez que se llevaba ambas manos al mango del cuchillo, clavado profundamente en la base de su cuello. Quiso mantenerse en pie pero, de pronto, le fallaron las fuerzas y se venció hacia adelante.

Martiz puso una mano en la barandilla y la saltó limpiamente, cayendo en el otro corredor, cuatro metros más abajo. Atenuó el impacto con una hábil flexión de piernas, pero no pudo evitar un ligero ruidito.

Olsen se volvió velozmente. Su único ojo escrutó penetrantemente el rostro del joven.

—Bien, capitán, me pilló con las manos en la masa —murmuró.

—¿Por qué mató a ese sujeto? —preguntó Martz a media voz.

—Sus intenciones eran bien claras, ¿no? Capitán, no tengo ganas de que nos atrape una escuadrilla zboliana y bogar de nuevo… suponiendo que viviese lo suficiente para ello.

—¿Le conocía usted?

—Era uno de los ayudantes de Wu—ted.

—¡Wu—ted! —repitió Martiz, asombrado.

Olsen sonrió.

—¿Le extraña? Es un sujeto cobarde y retorcido, ahora lleno de resentimientos por la filípica que le propinó usted el día en que se hizo cargo del mando de la nave. Pero es astuto y, por si acaso, no quiso venir él y envió a uno de sus acólitos.

—Con orden de matar al operador de guardia.

Olsen se inclinó sobre el muerto y le registró las ropas. No tardó en encontrar un papel, en donde, en lenguaje zboliano se leía lo siguiente:

«Duquesa Kania ha entregado mando nave a terrestre Jan Martiz, contraviniendo reglamentos. Sospechamos está en contacto con rebeldes. Pido instrucciones rápidas. Wu—ted, cómitre nave insignia XI.ª Flotilla Galeras.»

Así, pues, lo de la conspiración era cierto, pensó Martiz.

Miró a Olsen. El ingeniero dijo:

—Será mejor que se largue, capitán; yo me encargaré del «fiambre».

—¿Y Wu—ted?

Olsen sonrió cínicamente.

—Dejémosle que piense un poco. Se pondrá nervioso al ver que no vuelve su esbirro y ello le hará dar un paso en falso. Es, precisamente, lo que estoy deseando para quitármelo de encima.

Martiz asintió. Wu—ted, ciertamente, era un tipo peligroso. Y, además, lleno de rencor.

Olsen añadió:

—Hay una conspiración contra Othid en marcha. Nosotros somos simples instrumentos de la misma y, no es que tenga simpatías al Emperador, pero sí a mi pellejo, ¿comprende? La política zboliana me importa un rábano; mande quien mande, todos son lo mismo.

—Tal vez —apuntó Martiz—, las cosas cambien en el futuro, si los conspiradores derrocan a Othid.

—Quizá, pero, repito, no me importa en absoluto. Lo que he hecho ha sido en defensa propia, entiéndalo bien, capitán.

—Por ahora, sin embargo, los piratas están más a mano.

—Eso es lo que me preocupa —declaró sinceramente—. Son mucho más que nosotros.

Martiz sonrió.

—Olsen, usted ha hecho una buena labor con los motores. Gracias a ello, creo que he encontrado la idea para batir a los piratas con un mínimo de riesgo. Pero ya no podemos perder más tiempo hablando. Dedíquese a los motores y déjeme a mí el resto. ¿Comprendido?

—Sí, señor.

Martiz regresó a su cámara. El incidente se había producido sin el menor ruido, por lo que nadie se había enterado de lo sucedido.

Se tendió en el lecho, tratando de conciliar el sueño nuevamente. ¡Instrumentos para la conspiración contra Othid?

¿Era Kania el cerebro rector de tal conspiración?

Othid, y su primer ministro Magán, debían de saber algo al respecto; por lo menos, sospecharlo, se dijo. De ahí el que la joven hubiese sido destinada a mandar la flotilla de galeras.

Si moría en lucha contra los piratas, que era lo más probable, se le harían unos funerales a escala planetaria, sería considerada como una heroína… y Othid y su primer ministro se habrían librado de un estorbo.

Pero Martiz estaba en la misma nave y no tenía el menor deseo de formar parte de los acompañantes de Kania en su último y definitivo viaje. Todo lo contrario, sentía unos desesperados deseos de vivir… vivir en libertad.

Capítulo VII

Desde el puente, Martiz contemplaba las anchas espaldas de Wu—ted. Se preguntó qué pensaría el cómitre en aquellos momentos.

Ciento cincuenta hombres bogaban rítmicamente. Los indicadores de tensión ofrecían unas marcas satisfactorias.

Kania entró en el puente y se dirigió hacia el estrado,

—¿Capitán? —saludó parcamente.

—Todo en orden, duquesa…

—Comandante, señor Martiz —dijo ella.

—Es cierto, lo había olvidado. Perdóneme, comandante.

Kania hizo un gesto con la mano.

—¿Qué dice su ingeniero?

—Ha terminado ya las pruebas. Los motores podrán funcionar para superimpulsión instantánea en caso necesario y permitirán la navegación normal, con un mínimo de esfuerzo humano en las bancadas de boga.

—Debe de ser un hombre muy competente el tal Olsen —comentó Kania.

—Lo es, comandante. Tuvimos suerte con él.

—¿Alguna noticia de los piratas?

—El segundo Crabb está observando las indicaciones de la sonda hiperespacial. Por ahora, no hay señales sospechosas.

Ella movió la cabeza afirmativamente. Luego cruzó los brazos por el pecho y dejó vagar la mirada sin objetivo determinado.

Martiz tenía algo en la punta de la lengua. Al fin, resuelto a no callar, dijo:

—Comandante, usted mencionó el hecho de que los de comunicaciones les son absolutamente fieles.

—Sí, es cierto. Sobre eso, no hay duda alguna. —Kania le miró inquisitivamente—. ¿Por qué lo dice, capitán?

—Convendría que, a partir de este momento, hubiese dos operadores de guardia permanente, ambos armados. Hace dos noches intentaron asesinar a uno de ellos.

Kania se sobresaltó.

—¿Quién fue? —preguntó.

—Un tal Ker—linl. Olsen se lo impidió.

—¿De qué manera, capitán?

—Sólo había una forma, comandante.

Los ojos de la joven escrutaron el rostro de Martiz.

—Mal hecho, capitán; debieron haberle atrapado vivo —dijo ásperamente.

—Ker—linl se disponía a matar a Olsen. El ingeniero se le anticipó.

—¿Cómo no me avisaron antes? —preguntó ella, irritada.

Martiz demoró la respuesta algunos segundos. Dudaba en mencionar la conspiración.

Era probable que Kania lo negase todo. En tal caso, quedaría en una situación desairada y…

La voz de Crabb cortó en seco sus vacilaciones.

—¡Capitán, un eco de la sonda hiperespacial! —anunció con voz fuerte.

Martiz giró en redondo.

—¡Indique posición! —pidió.

Crabb consultó los instrumentos de detección.

—Formación de naves enemigas, aproximadamente unas treinta, acercándose al punto de aparición, que se producirá a cinco minutos luz.

—Treinta naves —repitió Martiz—. Muchas son.

—Tenemos que luchar contra ellas —dijo Kania—. Nuestras probabilidades son mínimas…

Martiz pulsó rápidamente las teclas de una calculadora de tiempos.

—Crabb, ¿puede anticiparme, aunque sea aproximadamente, ¿cuánto tardarán las naves en surgir?

—Media hora, quizás algunos minutos más, señor. Los ecos son ahora muy fuertes y sostenidos.

—Bien, retire la sonda; no quiero que sepan que les estamos observando. —Se volvió hacia Kania—. Debemos ponernos los trajes espaciales; antes de tres cuartos de hora habremos entrado en combate.

—Disponemos de dos naves más…

—Están a un día luz de distancia —dijo Martiz sorprendentemente.

—¿Por qué hizo eso? —gritó ella—. ¡Usted es sólo el

comandante de la nave, no de la flotilla…!

—Tengo un plan para derrotar a los piratas, aunque sean treinta —contestó él, impertérrito—. Necesitaba para ello, que no quedasen más naves en las inmediaciones.

—¡Idiota! ¡Ahora sabrán que un terrestre manda la galera! —exclamó Kania, roja de cólera.

Martiz sonrió:

—El mensaje fue enviado en nombre de la duquesa Kania, comandante de la Novena Flotilla de Galeras. ¿Me creía tan tonto como para cometer un desliz semejante?

Kania se desconcertó.

—Pero…

—Por favor, comandante —pidió él—; vaya a su cámara y póngase el traje de vacío. Yo tengo que disponer ahora todo lo necesario para la maniobra. Recuerde, no queda ya mucho tiempo.

Kania le miró un instante y luego, sin replicar palabra, abandonó el puente. Pedro Crabb se echó a reír.

—Está furiosa, capitán —comentó.

—Ya se le pasará —respondió el joven tranquilamente. Agarró el micrófono y dijo—: ¡Atención todos! ¡Hemos detectado naves piratas en nuestras proximidades! ¡Los nombrados para el «Plan A», dispónganse a actuar inmediatamente!

Luego dio otra orden.

—Wu—ted, que cese la boga en el acto.

—Bien, capitán —contestó el cómitre con voz inexpresiva.

Martiz llamó al ingeniero acto seguido.

—¿Olsen?

—Le oigo, capitán.

—¿Cómo van sus motores?

—Dispuestos para la acción cuando usted lo indique.

—Bien, póngase el traje de vacío, pero primero páseme el mando al puente.

—Enterado, capitán.

—¡Sala de torpedos! —llamó Martiz a continuación.

—Sala de torpedos, lista para actuar —le informaron.

—Dispongan veinte en abanico. Prepárenlos rápidamente y conecten con el puente los dispositivos de disparo, en simultáneo.

—Enterados, capitán.

Martiz empezó a ponerse el traje de vacío. Cuando metía los brazos en las mangas, divisó a Wu—ted parado en su plataforma.

El cómitre parecía irresoluto. De pronto, con gesto decidido, echó a andar.

Martiz presintió una jugarreta del individuo. Descolgó el casco y conectó el transmisor de radio.

—¿Olsen? Le llamo por la radio individual. ¿Me oye?

—Sí, capitán. Estaba poniéndome la escafandra… ¿Sucede algo?

—Yo tengo que estar en el puente y no puedo abandonarlo. Presiento que Wu—ted quiere jugarnos una mala partida.

—Déjelo de mi cuenta, capitán —pidió el ingeniero—. ¿Hacia dónde se dirige ahora?

—En este momento, abandona la sala de boga… Ahora desciende al corredor de enlace. No puedo ver más, Olsen.

—O.K., capitán. No se preocupe.

Martiz cortó la comunicación. Terminó de ajustarse el traje y se puso el casco. Luego hizo las distintas conexiones y probó el suministro de aire.

Crabb hizo una indicación en aquel momento.

—Naves enemigas a punto de aparecer, señor —informó—. Los detectores indican gran actividad.

—Surgirán a cinco minutos luz, lo que significa noventa millones de kilómetros. Se nos echarán encima a nueve décimas de la velocidad de la luz.

—Entonces, tardarán seis minutos en darnos alcance.

—Si nos encuentran —contestó Martiz. Movió una palanca y tomó el micrófono general—. ¡Atención unidades «Plan A»! ¿Listos para entrar en acción?

—Lista Unidad Primera —contestó alguien.

Kania entró en el puente y escuchó las respuestas que recibía el capitán de la galera.

—Bien —dijo Martiz—, salgan y aguarden la orden final. Eso es todo por ahora.

—¿Qué unidades son ésas y qué significa el «Plan A»? —preguntó Kania, extrañada.

Martiz se volvió hacia ella.

—Perdón, comandante —dijo—. «Plan A» significa asalto. En cuanto a las unidades, se trata de cuatro botes, tripulados cada uno

por cien galeotes.

—¡Cómo! ¿Galeotes combatiendo como soldados? —chilló Kania.

—¿No quiere usted derrotar a los piratas? ¿No me nombró capitán de la galera? —contestó Martiz de mal talante.

Kania refrenó su ira.

—Es que no entiendo…

—¡Naves enemigas en espacio normal, a cinco minutos diez segundos luz! —anunció Crabb.

—Lo entenderá luego —dijo Martiz—. Ahora, por favor, déjeme llevar la operación a mi modo.

—¿Y si nos derrotan?

Martiz se encogió de hombres.

—Es preferible morir aquí y no amarrado a un banco de remero —contestó fríamente. Tomó de nuevo el micrófono—: ¡Atención todos! ¡Preparados para superimpulsión instantánea dentro de noventa segundos! No habrá ya nuevo aviso al respecto.

Se volvió hacia la joven.

—Convendría que se sujetase —invitó—. El campo anulador de inercia funciona, pero la salida será muy fuerte, a pesar de todo.,

Kania se sentó en un sillón y se ciñó los atalajes de seguridad. Martiz la imitó y, una vez sujeto, arrojó una mirada a la pantalla telescópica.

Treinta y un puntos luminosos destellaban ante sus ojos. La intensidad del brillo crecía a ojos vistas.

Delante de él, un cronómetro marcaba inflexiblemente los noventa segundos. Diez antes de cumplirse el plazo señalado, Martiz oprimió el disparador de torpedos.

Veinte colosales tubos, de dos metros de diámetro por treinta de largo, surgieron de otras tantas bocas y, llameando enceguecedoramente, avanzaron hacia sus blancos.

—Superimpulsión —dijo Martiz. Y presionó otro botón.

Las estrellas giraron locamente por encima de sus cabezas. Kania sintió un fortísimo vértigo que, no obstante, pasó a los pocos segundos.

Debajo de ellos, a varias decenas de kilómetros, se produjo una serie de colosales estallidos, que semejaban el chisporroteo de una traca colosal. Los blancos explotaban con un fogonazo de color

distinto al de los cohetes que se perdían estérilmente.

Crabb contó los impactos.

—No está mal, capitán. Nueve naves enemigas del primer golpe —dijo alegremente.

—¡Nueve naves! —repitió Kania—. ¡Eso no había sucedido nunca, antes de ahora!

—Tampoco yo estaba a los mandos de una galera zboliana —contestó Martiz sin mirarla—. ¡Atención, unidades del «Plan A», preparadas para actuar dentro de cinco minutos!

Capítulo VIII

La confusión era enorme entre las naves piratas.

A simple vista se podían seguir sus alocados zigzagueos con toda facilidad. Las trayectorias luminosas de sus chorros propulsores eran claramente visibles.

—Veinte torpedos más —pidió Martiz.

—Están locos buscándonos por delante de su línea de marcha —explicó—. No se les ocurre pensar que estamos detrás y sobre ellos.

—Pero cuando nos vean… —apuntó Kania temerosamente.

—Será ya tarde —dijo él con firme acento.

El jefe de torpedos anunció tener listos los solicitados.

—Bien, los dispararé ahora mismo.

Otros veinte tubos partieron ahora hacia abajo y adelante, con una órbita oblicua en relación con la galera. Los piratas se dieron cuenta del peligro, pero ya era demasiado tarde.

De nuevo se produjo aquel infernal chisporroteo. Los relámpagos, que alcanzaban dimensiones gigantescas, se sucedían sin interrupción.

—Doce impactos, capitán —informó Crabb.

—Doce ahora y nueve antes, suman veintiuna naves destruidas. Sólo quedan diez —dijo Martiz. Y de nuevo usó el micrófono general—: ¡Unidades del «Plan A», en marcha!

Los botes salvavidas eran capaces de contener ciento cincuenta personas, aunque sin las comodidades ni el espacio de una astronave. Apenas recibida la orden, se oyó en el puente un estruendoso clamoreo.

—¿Qué pasa? ¿Por qué gritan los galeotes? —se asombró Kania.

Martiz conectó una pantalla de visión telescópica.

—Espere un momento y lo verá —contestó—. Va a presenciar algo que no ha visto jamás un zboliano: un asalto cuerpo a cuerpo, después del abordaje correspondiente.

Kania estaba atónita. La pantalla le permitió ver uno de les botes salvavidas que se dirigía raudamente hacia una nave enemiga situada a unos treinta kilómetros de distancia y cuyo comandante, al parecer, no se había dado cuenta del peligro que corría.

En menos de un minuto, el bote se situó al costado de la

astronave. Se abrieron las escotillas y cien hombres se desparramaron por los costados del aparato enemigo.

Una docena de ellos, auxiliados cada uno por un galeote, eran portadores de enormes sopletes, con los cuales atacaron resueltamente el casco por distintos puntos. Otros, provistos de minas con carga explosiva dirigida, corrieron a otros lugares.

Pronto brotó el primer chorro de vapor blanquecino que indicaba la fuga de aire de un compartimiento de la nave. Los sopletes y las cargas explosivas empezaron a perforar el casco por numerosos puntos casi al mismo tiempo.

De pronto, se abrió una escotilla y un nutrido pelotón de irmdarianos salió al espacio. Había ya una veintena de galeotes que les esperaban, armados con largas lanzas y, sin piedad, empezaron a rajar los trajes de vacío, protegidos por otro puñado de galeotes armados con pistolas automáticas.

Un soplete perforó el puente de mando y los oficiales murieron instantáneamente. A través de la escotilla abierta, los galeotes irrumpieron en la nave, forzaron las otras compuertas y, avanzando con singular valor, acometieron despiadadamente a cuantos se les oponían a su paso.

Kania estaba muda de asombro. La pantalla revelaba numerosos detalles de la lucha. Aquí y allá se veían flotando cuerpos de hombres muertos al rajarles el traje espacial. Algunos eran galeotes, pero su número era pequeño en comparación con el de los irmdarianos.

La última resistencia fue barrida sin piedad. Los triunfadores abandonaron la nave, lanzando gritos de júbilo.

Martiz varió el objetivo de la cámara. De pronto, vio a una nave de gran tamaño que parecía disponerse a emprender la huida.

En uno de sus costados estaba pintada la enseña irmdariana, con cinco discos negros en estrella en su centro. Martiz adivinó en seguida la identidad de su comandante.

—¡Unidades Dos y Tres! —gritó—. El comandante de los piratas trata de escapar. Intercéptele a toda costa.

Dos de los botes se lanzaron sobre la nave. Las escenas anteriores se repitieron, multiplicadas en número. En pocos instantes, decenas de chorros de vapor blanquecino empezaron a salir al espacio.

Una de las naves piratas, antes de escapar al hiperespacio, disparó un torpedo que pulverizó a uno de los botes asaltantes. Pero sólo cuatro naves piratas consiguieron escapar a la derrota. Martiz se puso serio unos momentos.

—Nada se gana sin sacrificios —dijo.

—Ha sido una brillante acción, capitán —elogió Kania, ya recobrada en buena parte—. Le propondré para un indulto total y la ciudadanía zboliana, si así lo desea.

—¿Sólo eso? —preguntó Martiz, tras quitarse el casco.

—¿Qué más quiere? —preguntó Kania.

Martiz sonrió un instante.

—Ver el color de sus ojos —contestó.

Ella echó la cabeza hacia atrás.

—Lo siento; mis pupilas son demasiado sensibles a la luz —objetó.

Olsen entró en el puente en aquel momento.

—¡Capitán!

Martiz contuvo una maldición. Olsen llegaba inoportunamente.

—Diga, ingeniero.

—Tenía usted razón respecto a Wu—ted.

—¿Sí? ¿Qué pasó?

Olsen soltó una rotunda carcajada.

—El hombre es el único animal que tropieza dos veces con la misma piedra, no importa que sea zboliano o terrestre —respondió.

—Sospecho que Wu—ted se dirigía a la sala de comunicaciones —sonrió el joven.

—Acertó, capitán. Bien, dada su insistencia, no tuve más remedio que quitarle del paso.

—¿Ha muerto? —preguntó Kania.

—El diablo le está preparando en estos momentos una recepción de gala —contestó Olsen, con una atronadora risotada—. Ya no volverá a rebanar más pescuezos con su maldito látigo.

Ella se puso en pie.

—Bien, capitán —dijo—; creo que ha llegado el momento de que me retire a mi cámara…

Martiz la asió por una muñeca.

—Espere unos minutos, por favor —dijo—. Tengo una sorpresa para usted, comandante.

Ella le miró inquisitivamente.

—¿De qué se trata?

—Ahora lo verá. Aguarde un poco, se lo suplico.

Los botes regresaban a la nave. Cinco minutos después, doscientos cincuenta galeotes entraban aullando frenéticamente en una de las salas de boga, alzando en sus manos las armas con las cuales habían combatido.

—Olsen —dijo Martiz al ver aquel espectáculo—, ponga en ejecución el «Plan D».

—Sí, capitán —contestó el ingeniero. Y echó a correr hacia la salida del puente.

—¿Qué significa «Plan D»? —preguntó Kania.

—Desaparición —repuso Martiz—. Dentro de unos momentos, se producirá una falsa explosión y esta galera se dará por desaparecida en combate.

—Pero… pero ¿cómo se atreve a…?

Martiz asió el brazo de la joven y la empujó hasta la mampara de vidrio. Más galeotes se habían unido a los primeros y todos les saludaron con gritos ensordecedores.

—Mire esos hombres, duquesa. Ellos sí se dejarían matar por usted… y lucharán como fieras para ayudarla en sus propósitos en derrocar a su imperial primo. Son seres humanos a quienes hasta ahora se ha tratado como bestias y que, aun habiendo cometido delitos, ansían de nuevo volver a ser personas. Después de lo que han hecho, obedecerán ciegamente sus órdenes, como las han obedecido hasta el momento.

—Yo no preparé el «Plan A»…

Martiz sonrió.

—Yo fui el fiel transmisor y ejecutor de sus indicaciones —contestó sentenciosamente—. ¿A qué sacarles ahora de su error? Sonría, agite las manos, salúdeles; luego, cuando los necesite otra vez, se dejarán matar a una simple indicación suya. ¡Vamos, sonría!

Kania hizo un esfuerzo y sonrió, moviendo una de sus manos. Los galeotes volvieron a chillar.

—Está bien, amigos —dijo Martiz—; en nombre del comandante de la flotilla, os concedo un día entero de descanso. Comed sin límite; también me encargaré de que se os dé una buena ración de vino.

Un aullido general acogió las palabras del joven. Kania empezó a desarrugar su ceño.

—Capitán —llamó Olsen en aquel instante—, todo listo para el «Plan D».

—Muy bien, adelante.

Segundos después, se divisó un vivo fogonazo a pocos kilómetros de distancia. Antes de que el resplandor se disipara, la nave se había separado raudamente de aquel lugar.

—Nos hemos largado en superimpulsión limitada a la mitad —explicó Martiz—, de este modo, hemos eliminado la pérdida de tiempo que suponía el que tuviéramos que sujetarnos.

—Pero ¿qué se propone usted? —preguntó ella.

El joven sonrió. Miró por encima de su hombro y dijo:

—Crabb, Nirl, déjennos solos en el puente. Encárguese de la distribución del vino y cuiden de que no se produzcan desórdenes.

—Bien, señor.

Los dos oficiales se marcharon. Martiz se inclinó sobre la consola y presionó un botón, que provocó la opacidad del mamparo de vidrio.

—Explíquese de una vez, capitán —pidió Kania imperativamente.

—Con mucho gusto, comandante —contestó él.

Y antes de que la joven pudiera apercibirse a la defensa, rodeó su talle con los brazos, se inclinó hacia ella y la besó.

Kania se resistió, pero era una débil pluma en los brazos de Martiz. Al separarse ambos, su rostro estaba rojo como la grana.

—¡Insolente! —le apostrofó, pero su voz carecía de seguridad.

—Es parte de mi recompensa —contestó él tranquilamente—. La otra parte es… —Alargó las manos súbitamente y quitó las gafas a la joven.

Una exclamación de asombro se escapó de sus labios.

—¡Son azules! —dijo.

—Sí, azules —contestó ella—. ¿De qué color esperaba que fuesen?

—Verdes, como los de la cortesana que me entregó un papel en la aldea que hay a mitad de camino entre la capital y el astropuerto de las galeras,

Y enseñó el trozo de papel a la joven. Kania dejó las gafas a un

lado y leyó en silencio aquellas dos palabras.

—Las escribió una gran amiga mía —dijo.

—¿Usted, una duquesa… amiga de una… una…? —se asombró Martiz.

Ella movió la cabeza afirmativamente.

—Othid se la llevó a su palacio —contestó—. Cuando se hartó de ella, ordenó le pusieran el emblema de infamia. Ahora, Nasha sólo ansia vengarse de aquel monstruo repugnante.

—Es su primo —dijo él.

—Eso no varía la calificación en absoluto. Sigue siendo un monstruo que…

—Que la envió al espacio para que muriese, ¿no es cierto?

Kania le miró de frente.

—Sí —confirmó.

—¿Y usted conspira ahora para derrocarle?

—Desde luego.

—¿Y ocupará luego su trono?

—En absoluto. No pretendo honores ni preeminencias. Sólo quiero librar a Zbol de dos hombres crueles.

—Othid y Magán,

—Exactamente.

Martiz movió la cabeza.

—Ahora la creerán muerta —dijo—. Cuenta con un puñado de adictos, pero, ¿cree que vencerá a los pretorianos? Tengo entendido que son muy numerosos y están armados hasta los dientes.

—La astucia puede suplir con ventaja a la fuerza, aparte de que somos más numerosos.

—Pero tal vez menos unidos —alegó Martiz sensatamente! Miró a la joven de soslayo—. Duquesa, el ingeniero Olsen sostiene que nos está utilizando como instrumentos de su conspiración.

—En parte, es cierto —admitió ella.

—¿Dijo a Nasha que yo pasaría por la aldea?

—Sí. Le entregué un retrato suyo…

—Eso significa que usted me había elegido ya con anticipación.

—Desde luego —contestó Kania—. No estaba seguro del comportamiento de Rofor cuando le explicase mis planes; por eso necesitaba un buen comandante de astronave. Además, sabía que aquí había algunos terrestres condenados. Le ayudarían apenas se lo

pidiese; como así ha sucedido.

Martiz la contempló con admiración.

—Todo muy bien ideado —dijo—. pero mi actuación ha estorbado tal vez sus planes.

—Posiblemente, sí —contestó ella—. Yo pensaba sublevar las tripulaciones de las siete galeras, marchar sobre la capital…

Martiz se echó a reír.

—¡Qué deliciosa ingenuidad! ¡La guardia pretoriana les habría barrido en un santiamén!

—Muchos se nos hubieran unido…

—Sólo en el tumulto, pero no en la acción, al menos, una acción efectiva. ¿Sabe lo que pasará ahora?

—Dígamelo, por favor —invitó Kania retadoramente.

—La noticia de su muerte se esparcirá rápidamente en Zbol…

—Es lógico, después de lo que usted ha hecho.

—Muy bien. Duquesa, usted era la cabeza visible de la conspiración, ¿no es cierto?

—Sí —confirmó ella.

—Por tanto, había muchos que conocían sus propósitos… y su identidad también, sobre todo, los miembros de su Estado Mayor, los allegados o como quiera llamarlos.

—Ahora creerán que he muerto —dijo Kania desanimadamente.

—Que es, justamente, lo que yo pretendía. Aunque los secuaces de Magart detengan a algún conspirador, no podrán sacarle nada en limpio. Y usted sigue con vida y dispuesta a rematar su obra.

Kania le contempló con admiración.

—Empiezo a creer que acerté al elegirle a usted, capitán —manifestó.

Martiz sonrió.

—Yo opino que fue la elección más afortunada de su vida… y creo que yo también he elegido bien.

Kania se sofocó.

—¿Qué quiere decir, capitán?

—Es aún prematuro sentar ciertas afirmaciones —contestó él enigmáticamente—, Como me dijo su amiga Nasha… confíe y espere.

Capítulo IX

Estaban reunidos en torno a una mesa. Kania presidía.

Martiz, Olsen, Crabb y el teniente Nirl componían los miembros del grupo de conspiradores. Trataban de elaborar un plan para la llegada a Zbol y el asalto al palacio.

—Todos los que hay en la galera obedecerán sin vacilar —dijo Martiz—. Sin embargo, una tropa de cuatrocientos guardias y tripulantes y setecientos cincuenta galeotes, no podrán moverse por la capital sin provocar una reacción inmediata.

—Entonces, ¿qué sugiere usted, capitán? —quiso saber Kania.

Martiz reflexionó unos momentos.

—El principal obstáculo estriba en la llegada —contestó al cabo —. Una nave que se acerque a Zbol con un vuelo no programado de antemano, puede ser considerada como sospechosa, por lo menos.

—Hay botes salvavidas —apuntó Kania.

—El inconveniente es el mismo —dijo Crabb—. Lo único que conseguiríamos es llegar unos kilómetros más cerca, pero no rebasaríamos las defensas de la capital.

—Bien, pero suponiendo que lleguemos sin novedad, ¿cuál será nuestro plan de ataque? —preguntó Martiz.

Kania se acarició el mentón.

—Yo había pensado asaltar simultáneamente el palacio y la residencia de Magán. Son los dos obstáculos más importantes y, mientras no estén vencidos, el triunfo quedará muy lejos.

Martiz fijó la vista en Olsen.

—Rex, ¿qué propone usted? —le invitó a hablar.

—Rajar el vientre de Othid —contestó Olsen brutalmente—. Echarle las tripas fuera y anunciarlo a los cuatro vientos. Todo lo que no sea hacer eso, son paños calientes que no beneficiarán en nada a nadie.

Kania se echó para atrás.

—Un asesinato —se estremeció.

Olsen la miró fijamente.

—Duquesa, si se embarcó en una conspiración para derrocar a Othid, debió considerar esta posibilidad en primer término —dijo cruelmente—. Usted pensaba hacerle saltar del trono simplemente,

¿no es así?

Kania asintió.

—Desde luego, pero sin daño físico…

—Si persiste en su primitiva idea, no cuenten conmigo —declaró Olsen con acento tajante—. En el primer momento, Siempre tendrá usted muchos partidarios entusiastas, pero, pasados los primeros días de euforia, no faltarán las murmuraciones y las acusaciones de ilegalidad… contra quien sea que ocupe el trono de Othid.

—No seré yo, desde luego —protestó ella dignamente.

—El que sea —contestó Olsen—. Los desposeídos de sus prebendas empezarán a conspirar, el nuevo emperador, inevitablemente, cometerá algún error, se hará la propaganda en favor de Othid, diciendo que, en medio de todo, no era tan malo como se decía, que eran calumnias… En cambio, si lo liquidamos, la mayor parte lo estimarán como un acto de justicia y dentro de unos meses, nadie lo echará de menos y los posibles conspiradores no tendrán un figurón en el cual apoyarse. Ésa es mi opinión y nada me hará variar —concluyó el tuerto rotundamente.

Kania se retorció las manos.

—Nuestras intenciones no eran las de matar a Othid —dijo.

—¿Está segura? —preguntó Olsen—. Quizá sus amigos le prometieron respetar su vida, pero más de uno, íntimamente, se propuso liquidar a Othid cuando lo tuviese al alcance de su espada. Y, francamente, yo no podría censurar a ese tipo.

—Insisto en que no habrá derramamiento de sangre con respecto a mi primo —dijo Kania.

—Bien, duquesa, a su gusto; ya me ha oído y, en lo que a mí se refiere, está todo hablado.

Kania volvió los ojos hacia Martiz, como pidiéndole ayuda.

—Capitán, ¿no se le ocurre a usted nada? —preguntó.

—Desgraciadamente, las palabras de Olsen son fiel reflejo de la realidad —contestó el joven—. Pero yo soy un terrestre y el futuro emperador de Zbol me importa muy poco.

—Entonces, ¿no van a ayudarme?

—Podemos llevarla hasta Zbol. Luego…

—El problema de arribar sin ser detectados continúa subsistiendo —terció Crabb.

Olsen levantó la mano.

—No quiero que crean que me niego a cooperar —dijo—. Tengo una idea para llegar sin ser detectados. Es arriesgada, pero no se consigue nada sin peligro, y menos en estas circunstancias.

—¿Cuál es la idea, ingeniero? —preguntó Martiz.

—Surgir del hiperespacio en las inmediaciones de Zbol, «dentro» ya de la línea de detección. Entonces, desembarcaríamos sin ser vistos y… Bueno, desembarcaría el que quisiera seguir adelante con la operación.

—Hay dos peligros, como mínimo, en la práctica de su plan, Olsen —alegó Martiz—. Uno de ellos es un posible error de cálculo. O surgiríamos del hiperespacio al alcance de los detectores o dentro de la masa física del planeta. En ambos casos, podríamos darnos por perdidos.

—Afinaremos los cálculos. ¿Cuál es el otro riesgo?

—No siempre será de noche. El día llegará… y la nave será vista indefectiblemente.

Kania levantó una mano.

—Yo sé un sitio donde podría tomar tierra, a corta distancia de la capital —dijo—. A menos que un aparato vuele directamente sobre la galera, nadie podrá verla. Es un cañón hondo y profundo, en el desierto, fuera de la ruta que se sigue ordinariamente para ir al astropuerto de las galeras.

—¿Y cómo nos trasladamos a la ciudad? —preguntó Martiz.

—En uno de los botes más pequeños. Volaremos de noche y aterrizaremos detrás del palacio…

—Imposible —contradijo Nirl.

—¿Por qué? —preguntó Martiz.

—El único sitio donde podríamos escondernos sin ser vistos por los pretorianos es la selva de los caníbales. Moriríamos antes de cinco minutos.

Crabb agitó la mano.

—Tengo una idea —dijo.

—Hable —pidió Martiz.

—Podríamos ir a pie a la ciudad, viajando durante la noche. Luego nos esconderíamos en determinado punto, hasta el momento del asalto al palacio. Tengo una persona de confianza en la ciudad, que nos dará alojamiento con mucho gusto.

—¿Quién es? —preguntó Kania.

—La madre de la mujer con la que quería casarme y que Othid se llevó a su palacio —respondió Crabb.

—Está bien —dijo Kania—. Iremos a esa casa. Luego, entraremos en el palacio. En el momento en que hayamos reducido a Othid, enviaremos un mensaje para que el resto de la tripulación inicie la operación de ocupar los puestos claves del gobierno.

—Teóricamente, está muy bien —aprobó Olsen—. Pero, ¿quiénes entrarán en palacio?

Kania fijó sus ojos en Martiz.

—¿Capitán? —invitó.

El joven enseñó las palmas de sus manos.

—Si no queda otro remedio… —murmuró.

Olsen meneó la cabeza.

—Capitán, repito mi consejo. En cuanto tenga delante a Othid, sáquele las tripas. De lo contrario, habrá perdido el tiempo.

—Cuando llegue ese momento, tomaré una decisión —respondió Martiz evasivamente.

Más tarde, Kania y Martiz quedaron a solas.

—Capitán, la empresa es difícil —dijo ella,

—Lo sé —respondió Martiz—. Me preocupa el problema de entrar en palacio sin ser visto por la guardia.

—Ese problema está resuelto. He vivido mucho tiempo allí y conozco perfectamente los menores recovecos. Usted y yo pasaremos y llegaremos a las habitaciones de Othid. Cuando le hayamos capturado…

Kania expuso su plan. Martiz, suspirando, aceptó.

—No sé por qué hago esto —rezongó—. Todavía me acuerdo de cuando me condujeron con la columna de prisioneros. La gente me insultaba, me escupía… nadie se compadecía de nosotros… ¿Por qué he de compadecerme yo ahora de ellos?

—Si no lo hiciera, capitán —dijo Kania—, sería uno igual a los que le escupían y le arrojaban piedras y pellas de barro. Y usted no quiere que yo haga cierta clase de comparaciones, ¿verdad?

Martiz contempló a la joven de arriba abajo.

—La verdad, si vuelvo a Zbol es por un solo motivo —respondió —. Trate de adivinarlo, duquesa.

—Lo he adivinado ya —contestó ella simplemente.

* * *

La tensión era enorme a bordo de la astronave.

Faltaban pocos minutos para el término del viaje. Los cálculos, minuciosísimos, habían sido repasados una y otra vez. Martiz, en el puente, tenía la vista fija en el indicador hiperespacial.

La aguja se acercaba lentamente al punto crítico. A su lado, Kania observaba igualmente los instrumentos, guardando un silencio absoluto.

El índice de Martiz se apoyaba sobre una tecla. En el momento en que lo oprimiese, los motores realizarían un último esfuerzo y la galera retomaría al espacio normal.

Martiz contaba lentamente las cifras. Una de las agujas señalaba divisiones de tiempo equivalentes a la milésima de segundo.

—Preparados —murmuró él—. Faltan solamente diez segundos.

Kania se agarró con ambas manos al borde de la consola. Si algún cálculo había fallado…

—¡Ahora! —dijo Martiz, empujando la tecla a fondo.

Un súbito estremecimiento sacudió la nave de proa a popa. Las estrellas giraron vertiginosamente delante de ellos.

—¿Dónde estamos? —preguntó Kania.

El revoloteo de las estrellas disminuyó, hasta que se inmovilizaron en el firmamento.

Sonó una voz.

—¡Veo el suelo, capitán! ¡A menos de trescientos metros de distancia!

—¡Ha sido una hazaña increíble! —exclamó Kania, llena de admiración.

Martiz asintió.

—Crabb, gobierne usted en busca del cañón —dijo.

—Sí, señor.

La nave se movió lentamente en sentido lateral. De pronto, una zona oscura y alargada apareció por debajo de su casco.

—El cañón, capitán —anunció Crabb.

—Bien, baje al fondo y pare los motores.

—Sí, señor.

Clisen entró en aquel momento.

—Cuando Crabb pare los motores de esta nave, lo hará para

siempre —dijo.

Martiz y Kania le miraron inquisitivamente.

Olsen añadió:

—No quise decirlo entonces, para que no me consideraran un aguafiestas, pero sabía que íbamos a exigir un esfuerzo considerable a los propulsores. Si ahora quisiéramos despegar de nuevo, tendríamos que utilizar los generadores movidos por los galeotes y, desde luego, nada de sumergirse en el hiperespacio.

Kania se encogió de hombros.

—Hemos llegado a un punto desde el cual ya no podemos retroceder —manifestó—. ¿Qué importa ya si los motores están estropeados?

La nave se estremeció de pronto.

—Hemos aterrizado, capitán —anunció Crabb.

Martiz se puso en pie.

—Comandante, es hora de que preparemos todo para emprender el viaje —dijo.

—Desde luego —contestó ella—. Nos reuniremos en la compuerta cinco dentro de quince minutos.

Y salió resueltamente del puente de mando.

—Voy a prepararme yo también —declaró Crabb.

Olsen miró a Martiz.

—Le deseo suerte, capitán —dijo.

—Gracias, Olsen.

—Falta le hará —sonrió el ingeniero—. Pero, mire, en medio de todo, casi me da envidia.

—Entonces, ¿por qué no se viene con nosotros?

Olsen meneó la cabeza.

—Esa chica está empeñada en respetar la vida de Othid —contestó—. El emperador es un nudo gordiano y esta clase de nudos sólo se pueden desatar de una forma, ¿comprende? Yo no sabría contenerme, si lo tuviese delante de mí y… Bueno, capitán, quiero que sepa que le estoy muy agradecido por todo lo que hizo en mi favor. ¿Sabe cuál es mi deseo más sincero respecto a usted?

—Si tiene la bondad de decírmelo…

Olsen sonrió maliciosamente.

—Me gustaría vivir muchos años más, para ver la bandada de hijos que le dará esa chica tan orgullosa. Cuando se les bajan los

humos, son las más dulces y cariñosas, créame, conozco el paño.

—No aventure hipótesis descabelladas —rezongó Martiz, colorado hasta las orejas.

—Si eso es una hipótesis, entonces es que yo soy un mulo —declaró el pintoresco individuo con rotundo acento.

Capítulo X

Pedro Crabb siguió a la pareja a través de las oscuras y desiertas calles de la ciudad, hasta alcanzar el portal de una casa, al cual llamó varias veces con los nudillos.

Tardaron varios minutos en abrir una puerta. Una mujer les miró inquisitivamente desde el umbral.

—¿Quiénes son ustedes? ¿Qué quieren a estas horas? —preguntó con voz recelosa.

—Mirka, soy Crabb, el prometido de Fakee. ¿No me recuerda?

—¡Pedro! —exclamó la mujer—. ¡Oh, cielos, has vuelto! ¿Pero, cómo…?

—Ya le explicaré luego. Ahora déjenos entrar en su casa. Éstos que vienen conmigo son amigos de toda confianza.

—De acuerdo. Entrad todos —invitó ella.

Mirka se echó a un lado. Luego cerró la puerta y contempló con asombro a los recién llegados.

—Pedro, muchacho… creí que estarías bogando en una galera —dijo afligidamente.

—Y estuve, pero conseguí escapar —respondió Crabb—. Mirka, le presento al capitán Martiz y a la duquesa Kania. Ésta es Mirka, la madre de Fakee, mi prometida.

—¡Duquesa Kania! ¿Usted es la prima del emperador! —dijo Mirka rencorosamente.

—No puedo evitarlo —contestó la joven.

—Mirka, ella trata de derrocar a ese canalla —manifestó Crabb—. ¿Ha vuelto a saber algo de Fakee?

Los ojos de la mujer se llenaron de lágrimas.

—No, desde que se la llevaron a palacio —contestó.

Kania se acercó a ella.

—Tal vez esté aún con vida —dijo.

—Pero manchada por ese miserable… ultrajada… Mirka se sentó en una silla. Crabb se dirigió a un armario y sacó una botella y varios vasos.

—Será mejor que dejemos de pensar en Fakee por el momento —dijo—. Yo la recuerdo más que nadie, pero esté viva o muerta, por ahora no podemos hacer nada en su favor.

Empezó a llenar los vasos.

—Mirka, el capitán y la duquesa van a asaltar el palacio —añadió—. Necesitamos que nos proporcione alojamiento por unas cuantas horas.

—Por mí, no hay inconveniente —contestó la dueña de la casa —. Pero, ¿conseguirán triunfar?

—De eso se trata, Mirka —dijo Kania—. Creo que el capitán y yo lograremos apresar a Othid.

—¿Y después?

—Proclamaremos su destitución y anunciaremos elecciones para nombrar un nuevo emperador.

—Espero que sea mejor que el que tenemos ahora —suspiró Mirka—. Supongo que ahora querrán comer algo.

Martiz se sentó en una silla.

—Hemos venido caminando desde el desierto —confesó—. Estamos hambrientos y fatigados.

—Les traeré comida —anunció Mirka—. No se muevan, por favor.

Kania fijó los ojos en Martiz y sonrió.

—Al menos, la primera etapa de nuestro plan ha sido cubierta sin inconvenientes.

Martiz vació su vaso de vino.

—Lo difícil viene ahora, cuando vayamos a entrar en palacio —dijo.

—Será menos difícil de lo que usted mismo cree, ya lo verá —aseguró la joven.

* * *

Al atardecer de aquel mismo día, Martiz se acercó a una ventana y, apartando ligeramente las cortinillas, miró a la calle.

—¡Duquesa! —llamó de pronto.

Kania acudió en el acto.

—¿Qué sucede, capitán?

—Vea eso y dígame su opinión —respondió el joven.

Kania se acercó a la ventana. Instantes después, su rostro perdía el color.

Una patrulla de soldados, fuertemente armados, recorría la calle

con paso rítmico. Detrás de ellos, avanzaba un gran furgón tirado por media docena de caballos.

El jefe de la patrulla ordenó alto de pronto. Se acercó a dos sujetos de aspecto desastrado y habló con ellos breves instantes.

Luego dio una orden. Cuatro soldados rodearon a la pareja y los empujaron desconsideradamente hacia el furgón.

—¿Sabe lo que significa eso? —preguntó Martiz.

Kania movió la cabeza lentamente,

—Sí —contestó—. Nuestra llegada es ya conocida.

—Y los secuaces de Magán hacen redadas de sospechosos, para ver si dan con nosotros. Lo cual significa que el primer ministro o no ha creído en su muerte o ha recelado que podía ser una trampa.

—A pesar de todo, seguiremos adelante —declaró Kania.

—¿Cree que será prudente?

—Othid no esperará que vayamos solamente dos personas a su palacio. El factor sorpresa puede ayudamos grandemente, capitán.

Martiz se acarició la mandíbula.

—Me pregunto cómo habrán sabido que estamos en la ciudad —murmuró—. Duquesa, ¿está segura de que todos los hombres de la galera le eran fieles?

Kania vaciló un instante.

—No sé qué decirle, capitán…

Martiz hizo un gesto de pesimismo.

—Ya no podemos volvemos atrás —murmuró—. Pase lo que pase, hemos de seguir adelante hasta el final… y tal vez, en efecto, la sorpresa venga en nuestra ayuda.

Ella se volvió hacia el joven y le tomó una mano con ademán impulsivo.

—Ustedes, los terrestres, son hombres amantes de la libertad —dijo con vehemencia—. Sabe que no lo hago por mí, sino por los demás. No me deje sola, se lo ruego.

—Estaré con usted hasta el final —aseguró él llanamente.

Kania sonrió.

—Estaremos juntos hasta ese final, sea cual sea —prometió.

Bien pasada la medianoche, Martiz y Kania, provistos de algunos elementos que podían necesitar, se dispusieron a abandonar su refugio.

Crabb y Mirka les acompañaron hasta la puerta de la casa.

—Capitán, no deje de hacer la llamada convenida, apenas hayan echado el guante a Othid —dijo Crabb.

—Lo haremos así —respondió el joven.

—Y si ven a Fakee… —dijo Mirka. Meneó la cabeza—. Pero no, ya estará muerta.

Kania abrazó a la mujer.

—Puede que Fakee haya muerto, pero eso ya no ocurrirá más, se lo aseguro.

Instantes después, los dos jóvenes abandonaban la casa y se sumergían en la penumbra de la calle.

Kania conocía bien la ciudad y guio a Martiz hasta las inmediaciones del palacio imperial, a través de un dédalo de callejuelas desiertas a aquellas horas. De cuando en cuando, sin embargo, tenían que buscar resguardo en el quicio de un portal, para eludir un encuentro comprometedor con alguna ronda de vigilancia.

Una hora más tarde, alcanzaron la muralla exterior que protegía el recinto del palacio.

La muralla tenía una altura de cuarenta metros y era totalmente lisa. Martiz se sintió desanimado ante aquel obstáculo.

—Llevamos cuerdas con ganchos, pero no nos alcanzarán —dijo desanimadamente.

—Sígame —indicó ella.

Pegados a la base del muro, avanzaron lentamente. De pronto, al llegar a la base de un torreón de enormes dimensiones, oyeron pasos que se acercaban.

Martiz agarró a Kania por un brazo y tiró de ella hacia un ángulo en tinieblas. A pocos pasos, se divisó el resplandor de una lámpara.

Los dos jóvenes contuvieron el aliento. Por el ruido de los pasos, Martiz dedujo que era una pareja de guardias que recorrían la muralla en una ronda de vigilancia rutinaria.

Atrajo a Kania hacia sí, rodeando su talle con un brazo. Los perfumados cabellos de la joven acariciaron su rostro, mientras sentía junto al suyo la calidez de su esbelto cuerpo.

Los guardias aparecieron de pronto ante su vista. Martiz creyó que pasarían de largo, pero uno de ellos, inesperadamente, movió la linterna y enfocó de lleno a la pareja.

Durante irnos segundos, el asombro fue mutuo. Martiz, no obstante, fue el primero en reaccionar; sabía que la vida le iba en ello.

Apartó a Kania a un lado y saltó hacia adelante con tremendo impulso, a la vez que bajaba la cabeza. Uno de los guardias recibió el impacto en plena mandíbula y cayó fulminado.

El otro lanzó un gruñido de cólera. Retrocedió un paso y sacó la espada, a la vez que se llevaba un pito a los labios.

Kania le arrojó a la cara un rollo de cuerdas, haciéndole trastabillar. El silbato cayó por tierra.

Pero el guardia se mantenía en pie. Su espada describió un silbante molinete en el aire.

—Ahora verás, perra… —masculló.

En aquel momento, los pies de Martiz, que aún continuaba en el suelo, trabaron sus piernas. El guardia perdió el equilibrio y cayó hacia adelante.

La espada se escapó de sus manos. Rápido como el pensamiento, Martiz se apoderó del arma y golpeó de plano en la nuca del soldado. El zboliano se quedó súbitamente inmóvil.

Kania se inclinó y recogió las cuerdas.

—Vamos, capitán —susurró.

—Gracias por su intervención, duquesa —contestó él.

—Estamos embarcados en el mismo bote. ¿No se dice así?

Martiz miró a la joven y sonrió.

—Una expresión típicamente terrestre —dijo—. Confío en que sigamos mucho tiempo en el mismo bote.

—Éstos no son momentos adecuados para profecías —respondió Kania adustamente—. ¡Sigamos!

La joven echó a correr. Martiz se preguntó cuánto tiempo se tardaría en dar la alarma en palacio.

De pronto, vio que Kania se detenía al pie de la muralla.

—¿Qué sucede? —preguntó.

Ella no contestó. Martiz observó que movía la mano por el muro. De pronto, oyó un ligero chasquido.

Un trozo de muralla, del tamaño justo para permitir el paso de una persona, giró hacia adentro. Martiz no pudo contener un gesto de asombro.

—¡Vaya! ¡Esto no me lo había anunciado usted! —se quejó.

—Hay muy pocos que conozcan la existencia de este portillo —declaró Kania—. Quizá ni el mismo Othid.

—¿Y usted? ¿Cómo lo supo?

—Me lo enseñó mi padre hace muchos años. Fue primer ministro del padre de Othid. Dijo que tal vez un día podría necesitarlo y me aconsejó guardara silencio acerca del tema.

—Pues no cabe la menor duda de que ha sido un secreto bien guardado —comentó el terrestre.

Capítulo XI

Atravesado el portillo, se encontraron en un espacio ajardinado, que les separaba de la pétrea masa del palacio imperial. Sólo algunas ventanas de los pisos bajos se veían iluminadas.

—¿Por dónde entraremos? —preguntó él.

—Venga, sígame —repuso Kania.

Avanzaron cautelosamente, dando la vuelta a una esquina. De pronto, al llegar a la mitad de aquella fachada, tropezaron con una gran valla de recio tejido metálico y varios metros de altura.

—¿Qué es esto? —preguntó Martiz, intrigado.

—Hemos llegado a los límites de la zona de caníbales —explicó Kania—. Las ventanas de las habitaciones de Othid dan al otro lado de la valla.

—Entonces, tendremos que romperla…

—No será necesario —contestó ella—. Entraremos por una de las antecámaras. Mire hacia arriba, la ventana que tenemos justo sobre nosotros.

Martiz levantó la cabeza.

—No es ventana… sino balcón y son tres pisos —masculló.

—¿Acaso esperaba entrar por la escalerilla de honor? —Kania le entregó el rollo de cuerdas—. Veamos su habilidad en el lanzamiento del garfio, capitán.

Martiz tomó el rollo de cuerdas y asió el gancho. Después de hacerle dar unas cuantas vueltas, lo lanzó hacia arriba.

El gancho agarró en seguida. Martiz probó la solidez de la cuerda y empezó a trepar inmediatamente.

Al llegar arriba, salvó el antepecho del balcón y se volvió. Kania esperaba diez metros más abajo.

Ella se agarró a la cuerda. Martiz hizo fuerza y la izó a pulso, recibiéndola en sus brazos al llegar al antepecho. Sin permitirle que se defendiera, le atrajo con fuerza hacia sí y la besó en los labios.

Kania no se resistió, pero le rechazó en seguida.

—No es hora de efusiones —murmuró.

—Nunca desaprovecho una ocasión, cuando se presenta —sonrió él.

—Tenga cuidado; hay siempre un chambelán en la antecámara.

Si permitimos que dé la alarma, estamos perdidos.

Martiz abrió la puerta del balcón y apartó ligeramente las cortinas. Sentado en un cómodo sillón, un individuo, lujosamente ataviado, dormía a pierna suelta.

Martiz entró en la antecámara y se acercó al durmiente, tocándole en un hombro. El cortesano abrió los ojos, pero los cerró un segundo después, cuando el puño del joven se estrelló contra su mandíbula.

—El paso está libre —anunció.

Kania avanzó hacia la puerta que comunicaba con las habitaciones imperiales. Escuchó un momento y luego, resueltamente, hizo girar el pomo y empujó el batiente.

La estancia contigua se hallaba en tinieblas. Avanzaron unos cuantos pasos, cogidos de la mano.

—¿Dónde diablos está Othid? —murmuró Martiz.

—Aquí —dijo, en aquel instante, una voz aflautada, al mismo tiempo que la luz se encendía de golpe.

Kania lanzó un grito de susto. Martiz apretó los puños.

El emperador sonreía abiertamente. Era un hombre todavía joven, pero inmensamente grueso, de cráneo pelado y ojillos menudos y perversos. Estaba sentado en un vasto sillón, adecuado a su tamaño, detrás del cual se divisaba a un sujeto menudo, esmirriado, con caía de ave de presa. Era Magán, el primer ministro.

—Les esperábamos —dijo Magán—, aunque, francamente, creíamos que serían más.

Martiz miró a su alrededor, como buscando una salida. Othid se echó a reír.

—No conseguirás escapar, terrestre —dijo—. Estamos prevenidos para todo. ¿Magán?

El primer ministro dio dos palmadas. Una docena de pretorianos, todos ellos armados con largas lanzas, aparecieron de pronto en la estancia.

Las lanzas se tendieron horizontalmente, encerrando a la pareja en un círculo de aguzadas hojas de acero. Martiz lanzó un suspiro.

—Estaba visto —dijo—; teníamos que fracasar.

—No podían triunfar de ninguna manera —declaró Magán—. ¿Acaso piensan que somos tontos? Hemos estado al corriente de

todo casi desde el principio, hasta que dejamos de recibir informes súbitamente.

—Ello nos indicó que debíamos acentuar las precauciones —agregó Othid—. En un principio, ciertamente, llegamos a creer que habías muerto, querida prima, pero luego, otro informante volvió a entablar contacto con nosotros.

Martiz miró a la joven. Ella entendió el reproche; todavía había quedado un traidor a bordo de la galera.

—Lo siento —musitó la joven.

—Tienes poderosos motivos para sentirlo —dijo Othid—. Mucho me costó llegar a creer que conspirabas contra mí, pero tú misma me has dado la prueba que necesitaba.

—No mereces ocupar el trono de Zbol —dijo Kania acremente.

Othid se echó a reír.

—Cuestión de opiniones, ¿no es verdad, querido Magán?

El primer ministro se inclinó untuosamente.

—Señor, los dos principales conspiradores han sido apresados de modo que no ofrece lugar a dudas. Debéis dictar vuestra sentencia.

Martiz cuadró los hombros. ¿Qué género de muerte les reservaba aquel sádico?

—Sí, dictar sentencia —repitió Othid—. Pero antes… —Miró a la joven—. Querida prima, ese terrestre no tiene importancia; sólo es un subordinado tuyo. Tú eres el personaje realmente importante.

—¿Lo crees así? —preguntó ella desafiadoramente.

—Sí, puesto que conoces al resto de los notables que conspiran para mí. Intenté separarte de ellos, pero veo que ha sido inútil. Tendré que dejar de lado las consideraciones.

—¿Qué vas a hacer conmigo?

—Conseguir que facilites los nombres de todos los comprometidos en la conspiración.

—¡No hablaré! —aseguró Kania.

Othid se echó a reír. Miró de reojo al primer ministro y dijo:

—¿No hablará, Magán?

—Todo depende de la habilidad de los interrogadores, señor —contestó.

—Es cierto —dijo Othid, chasqueando los dedos de la mano derecha—. Había olvidado que tengo algunos leales súbditos capaces de hacer hablar a una estatua de piedra.

Martiz se estremeció. ¡Iban a torturar a la joven!

¿Qué clase de salvaje tormento aplicarían a Kania? En aquel instante, comprendió plenamente a Olsen.

—No puedes hacer eso conmigo —protestó Kania—. Soy noble…

—Ya no lo eres —cortó Othid tajantemente—. Yo, el emperador, confiero títulos de nobleza y los retiro. Ahora eres una mujerzuela cualquiera, incluso peor que las que venden sus encantos por las callejas de los barrios de mala nota. Y en cuanto a ti, terrestre…

Fijó los ojos en Martiz. El joven sintió frío al captar la sádica mirada de aquel inhumano sujeto.

—Mis caníbales llevan demasiados días comiendo conservas —añadió Othid—. Pero más que el placer de un buen banquete, disfrutarán con la caza. Y yo también, ¡qué diablos! ¡Lleváoslo!

Cuatro guardias avanzaron hacia el joven, empujándolo con sus lanzas. Martiz se volvió y dirigió a Kania una desesperada mirada de adiós.

Las mejillas de la joven estaban mojadas. En silencio, sin añadir una sola palabra, Martiz salió de la cámara.

Othid señaló al enorme televisor que había en un ángulo de la estancia.

—Será divertido —dijo—, pero a ti te ahorraré el espectáculo, querida prima. Necesito que hables… ¡y cuanto antes, más breves serán tus torturas! ¡Llévensela según las órdenes recibidas de antemano!

Kania salió de la cámara, escoltada por los guardias. Othid se arrellenó en el sillón y fijó la vista en la cámara.

—Pronto amanecerá —dijo—. Será cosa de contemplar el espectáculo.

Media hora más tarde, Jan Martiz fue conducido a una puerta enrejada, situada en la planta baja del palacio. Al otro lado de los hierros se divisaba una zona de bosque de gran espesura.

Uno de los guardias abrió las rejas.

—¡Afuera! —ordenó.

—¿No van a darme un arma siquiera? —protestó el Joven.

—¿Para qué? Yo, en tu lugar, procuraría que los caníbales acabaran lo más pronto posible. ¡Vamos, largo!

Martiz realizó una profunda inspiración. De pronto, volviéndose con rapidez, alargó la mano y arrebató su lanza al soldado que tenía

más cerca.

Luego, antes de que los demás pudieran reaccionar, echó a correr y se guareció de un salto al otro lado de unos arbustos. Su salida fue acompañada de una serie de invectivas, que no le afectaron en absoluto.

Se agazapó en el suelo, manteniendo la lanza firmemente empuñada. Era un arma de dos metros y medio de longitud, con una hoja de cuarenta centímetros. Martiz estaba dispuesto a sobrevivir.

Mientras esperaba el momento de ser arrojado a los caníbales, había podido adquirir algunos detalles acerca de los mismos. Había unos ciento cincuenta guerreros, aparte mujeres y niños, encerrados en un espacio de unos dos kilómetros cuadrados, aproximadamente.

En el palacio no se perderían el menor detalle de sus acciones. Había profusión de cámaras de televisión por todas partes, las cuales eran accionadas automáticamente por la cercanía de la presa. Un ancho cinturón metálico, de hebilla inviolable, llevaba consigo el aparato que causaba la conexión de la cámara con los receptores instalados en palacio.

Cabía una posibilidad: romper la red que enmarcaba el recinto. Con la lanza, sus posibilidades a tal respecto eran muy escasas.

Avanzó unos cuantos pasos. Como fuera, debía intentar la huida. De pronto, divisó ante sí un cuerpo menudo, de color canela.

Los salvajes habían sido ya avisados. El sujeto era casi un pigmeo por su estatura, estaba semidesnudo y llevaba en la mano un arco mayor que él y un manojo de flechas.

Eran hombres avezados a vivir en aquellos parajes. El menor ruido sospechoso les pondría sobre aviso.

Martiz esperó calladamente. De pronto, vio que el pigmeo levantaba la cara y aspiraba el aire fuertemente.

«Olfatea como un podenco», pensó.

Y, en el mismo instante, el salvaje se volvió hacia él.

Martiz decidió pasar a la ofensiva. La lanza voló por los aires y traspasó de parte a parte el menudo cuerpo de su enemigo.

Las consideraciones éticas debían de ser dadas de lado. Lo que contaba era sobrevivir.

El salvaje cayó al suelo, pataleando convulsivamente. Un agudo chillido se escapó de su garganta.

Martiz quiso recobrar su lanza, pero, en el mismo instante, aparecieron dos pigmeos más. Uno estaba armado con un corto venablo; el otro disponía también de arco y flechas.

Martiz se inclinó y recogió el arco y las flechas del caído. Algo silbó oscuramente.

Se lanzó a un lado. El venablo pasó rozando sus hombros.

Disparó una flecha. El proyectil alcanzó un pecho humano.

Inmediatamente, cambió de posición. La flecha disparada se clavó en el sitio que acababa de abandonar un segundo antes.

El salvaje colocó con frenética rapidez otra flecha en la cuerda del arco. Martiz adivinó que se sentía desesperado. Sin duda, era la primera vez que una presa les combatía con sus propias armas.

—Están acostumbrados a matar sin apenas resistencia —se dijo, acabando de otro flechazo con el caníbal.

Luego tiró el arco a un lado y recobró la lanza. Entendía que era un arma más efectiva.

Echó a correr, tratando de abandonar aquel lugar. La lucha había producido ruido y los salvajes acudirían como moscas a la miel.

—El tipo se resiste, ¿eh? —dijo Othid, con los ojos fijos en la pantalla, que reproducía las imágenes con asombrosa fidelidad.

—Eso hace doblemente interesante el espectáculo, señor —dijo Magán, servilmente.

Othid se arrellenó en su sillón.

—Sí, tienes razón… pero, desdichadamente, creo que la cosa va a tener un pronto final. Mira, Magán.

Martiz se hallaba en aquel momento al pie de un árbol de frondosa copa. Escondido entre los ramajes, un pigmeo preparaba una cuerda para lanzarla al cuello de su presa.

—Lástima —suspiró el primer ministro—. Acabará demasiado pronto, contra lo que habíamos esperado.

Martiz permanecía en pie, con la lanza terciada, tratando de atravesar la espesura con la vista. Sentíase inundado en sudor, pero no podía hacer nada por evitarlo, pese a que la abundancia de secreción motivaría una más fácil detección por el olfato.

De pronto, algo silbó en el aire. Antes de que pudiera apercibirse a la defensa, sintió que una cosa insidiosamente suave se enroscaba en torno a su garganta.

Sintió un pánico terrible. ¡Iba a morir estrangulado sin remisión!

Capítulo XII

Los brazos de Kania estaban sujetos a unas argollas situadas sobre su cabeza. La postura era insoportable, debido a que apenas rozaba el suelo con las puntas de los pies.

Delante de ella, dos hombres se esforzaban por arrancarle una confesión.

—No sé ningún nombre, repito —jadeó Kania—. Matadme de una vez.

—Ésas no son las órdenes que tenemos —contestó uno de los verdugos—. Por favor, no lo tome como cosa personal; tenemos que hacerlo, simplemente.

Kania sentía unos dolores terribles. Tras ella, sobresalía del muro la aguzada punta de un acero que rozaba su espalda, obligándola a arquear el cuerpo hacia adelante, con lo que el esfuerzo de sostenerse resultaba mucho más penoso.

—No habla —dijo un verdugo.

—Saca más el cuchillo —indicó el otro.

El primero se acercó a la pared y dio media vuelta a una rueda. La punta del cuchillo rozó la fina piel de Kania, obligándola a sacar aún más el pecho, apenas cubierto por unos trozos de tejido.

Un gemido de dolor se escapó de sus labios.

—Tengo dinero —jadeó.

—¿Dinero? ¿De qué nos serviría? —exclamó uno de los verdugos.

—¡Bah! ¡El emperador se porta generosamente con nosotros!

Kania sentía que los brazos amenazaban con descoyuntársele. Las argollas mordían cruelmente sus muñecas.

—Pero tal vez —murmuró uno de sus atormentadores—, puede que tengas algo que nos interese.

Kania concibió ciertas esperanzas.

—Depende…

El verdugo se inclinó hacia ella.

—Goma de mascar —murmuró—. Goma de mascar con una nueva droga que la hace mucho más placentera.

Los ojos de su compañero brillaron ávidamente.

—Es cierto —añadió—. Se capturó una nave contrabandista,

pero el cargamento desapareció.

—Se dice que fue a parar a… a las altas esferas —siguió el otro.

—A ti, como prima del emperador, te tocaría una buena parte. Dinos dónde está y puede que nos sintamos generosos.

Una amarga carcajada se escapó de los labios de la prisionera.

—¡Goma de mascar drogada! —dijo—. No lo comprenderíais… pero todo fue un ardid para… Bien, a vosotros no os importa.

Los verdugos se miraron, decepcionados.

Había una ventana entreabierta en la sala de tortura. Estaba situada en la zona de palacio que daba a la parte selvática. A los caníbales no les afectaban los alaridos de los prisioneros atormentados.

Un distante griterío se oyó en aquel momento. Uno de los verdugos sonrió.

—¡Bien, el terrestre se puede decir que está listo para la olla!

Kania cerró los ojos un instante, a la vez que se mordía los labios.

Martiz había muerto. ¿Qué alicientes podía ya tener la vida para ella?

—Así, pues, la goma de mascar drogada era mentira —dijo uno de los sicarios.

—Si… era… mentira…

—Lo sentimos tantísimo, preciosa. Era lo único que nos hubiese decidido a mostrarnos compasivos contigo. —Se volvió hacia su compañero—. ¿Qué hacemos con ella?

—Es cuestión de paciencia —respondió el otro calmosamente—. Dale media vuelta a la rueda; acabará pidiendo clemencia.

—Un poco obstinada, como todos, al principio, pero tienes razón; ya se rendirá.

El verdugo recorrió con la vista las esbeltas formas del cuerpo de Kania, apenas velado por una sucinta vestimenta.

—Lástima, tan hermosa…—murmuró.

Hizo girar la rueda otra media vuelta y el cuchillo asomó dos centímetros más. Su punta era tan aguda que, de no haber arqueado Kania la espalda, se habría introducido en su carne con toda facilidad.

—Llegará el momento en que flaquees —anunció fríamente uno de los verdugos—. Entonces, tú misma te darás muerte… si antes no

has soltado la lengua.

Kania no podía hablar; no podía delatar a las personas que habían depositado en ella su confianza. Si cedía, decenas, tal vez centenares de hombres y mujeres morirían de atroces suplicios.

Estuvo a punto de dejarse caer sobre el cuchillo, pero una incontenible ansia de vivir le infundió firmeza. Aún podía aguantar un poco más… un poco más…

* * *

A pesar del pánico que sentía, Martiz no cometió el error imperdonable de intentar aflojar el lazo que ya le ceñía con fuerza la garganta.

En lugar de meter los dedos entre la soga y la carne, después de haber soltado la lanza, lo que hizo fue llevar las manos detrás de la nuca tantear hasta encontrar la cuerda. Entonces, asiéndola con fuerza, dio un tremendo tirón.

El salvaje, sorprendido, no tuvo tiempo de resistir y, con gran crujido de ramajes, atravesó la copa del árbol y cayó al suelo.

No obstante, era un hombre ágil y se levantó con la facilidad de un mono. Los dos hombres quedaron frente a frente durante un segundo.

En aquel breve espacio de tiempo, Martiz pudo apreciar cuál era la táctica del salvaje.

Éste tenía enrollado en torno a la muñeca izquierda del otro extremo del lazo, de modo que la mano derecha le quedaba libre. La longitud del lazo era de unos tres o cuatro metros.

El caníbal desenfundó un cuchillo de pavorosas dimensiones. Martiz adivinó que iba a lanzárselo.

Entonces, se echó a un lado y, sin soltar todavía la cuerda, por el contrario, sujetándola aún con más firmeza, empezó a girar sobre sí mismo.

Los pies del salvaje perdieron su punto de apoyo. Un chillido de angustia brotó de sus labios, a la vez que el cuchillo se escapaba de sus manos.

Martiz acentuó su velocidad de rotación. El salvaje ya no podía soltarse del lazo. Su cuerpo se puso horizontal.

Entonces, Martiz dio un paso hacia adelante. El cuerpo del

antropófago, impulsado con enorme potencia, se estrelló contra el tronco de un árbol. Se oyó un terrible crujido de vértebras y los gritos del pigmeo cesaron en el acto.

Martiz se arrodilló. Recogió el cuchillo y cortó la soga. Luego se aflojó el lazo y dejó que el aire penetrara libremente en los pulmones.

Un pigmeo apareció de pronto frente a él. La mano del joven se movió fulminantemente.

El cuchillo voló por los aires, yendo a enterrarse en el estómago de su adversario. La punta asomó por la espalda.

El salvaje se llevó ambas manos al vientre. Mientras se doblaba sobre sí mismo, Martiz acabó de quitarse el lazo.

Luego recogió su lanza y echó a correr de nuevo.

—Un tipo con recursos —murmuró Othid.

—Evidentemente, señor. Nunca habíamos disfrutado de un espectáculo semejante —admitió el primer ministro.

Martiz se detuvo a los cien metros. Pisadas de pies descalzos acababan de sonar a poca distancia.

Dos pigmeos aparecieron ante su vista. Oteaban el panorama, le buscaban empleando incluso el olfato, como perros sabuesos.

De pronto, uno de ellos señaló hacia el sitio en que se encontraba el terrestre. Graznó algo y su compañero se separó, evidentemente para dar un rodeo.

Martiz adivinó sus intenciones. Lo primero que haría ahora, una vez se hubiese deshecho de sus adversarios, sería eliminar el olor a secreciones.

Se agazapó detrás de un arbusto. Claramente oyó el crujido de un arco al distenderse.

La lanza voló antes de que el salvaje hubiese tenido tiempo de disparar su saeta. Acto seguido, Martiz se dejó caer al suelo, a la vez que exhalaba un aullido de dolor.

El otro caníbal cayó en la trampa. Lanzó un alarido de júbilo y, provisto de un venablo, se dispuso a rematar a su presa.

Entonces pero ya demasiado tarde, comprendió su error. Unas fuertes manos asieron su cabeza por detrás, a la altura de las orejas. Martiz ejecutó una violenta y rápida torsión y las vértebras del cuello se quebraron en el acto.

Martiz soltó al caníbal, que se desplomó al suelo como una masa

inerte.

—Sois muy astutos, pero todavía tenéis mucho que aprender de un terrestre —murmuró, mientras arrancaba un puñado de hojas y se frotaba el torso con fuerza.

Esto eliminaría el olor a sudor, calculó. Al terminar, gran parte de su epidermis tenía una extraña y nada agradable coloración verdosa.

Se dispuso a recobrar la lanza. Entonces, frente a él, divisó el objetivo de una cámara de televisión.

Una oleada de irrefrenable ira le acometió de pronto, Buscó por el suelo y encontró una piedra, que disparó contra el objetivo, rompiéndolo en el acto.

—¡Lástima no fuese tu cabeza! —masculló.

De nuevo con la lanza en la mano, reanudó la marcha. ¿Dónde diablos estaba la valla de límites?

De todas formas, se dijo, aunque la encontrase, no podría salvarla hasta que se hiciese de noche. Necesitaba la complicidad de las tinieblas para escapar y…

Se parapetó tras un árbol. Una tropa de pigmeos pasó corriendo por delante de él. Los primeros olfateaban el aire constantemente.

Martiz se felicitó por la precaución tomada, que le había permitido pasar desapercibido. De otro modo, no habría podido derrotar a tantos salvajes.

Súbitamente, irrumpió en un claro, retrocediendo en el acto, apenas se dio cuenta de que iba a salir a terreno descubierto.

Agachado tras unos arbustos, contempló el singular espectáculo que se ofrecía ante sus ojos. Delante de él no había ningún guerrero: sólo mujeres, niños y algún anciano apenas capaz de moverse.

Había llegado al poblado de los caníbales. Estaba compuesto por medio centenar de endebles chozas de techo de paja y paredes de caña, las cuales formaban una especie de círculo, en cuyo centro ardía una gran hoguera.

Sobre la hoguera, acariciado por las llamas, veíase un gran caldero de hierro, del que brotaban espesas nubes de humo. Un par de mujeres, viejas, repugnantes, movían el líquido con sendos palos.

—El clásico caldero destinado a cocer al explorador —murmuró.

De pronto se le ocurrió una idea.

¿Por qué no dar a los pigmeos un trabajo suplementario?

La ventaja de una estrategia bien aplicada consiste en atacar por donde el enemigo no lo espera, por su punto más débil, pensó. El punto flaco de los pigmeos era su aldea.

Al lado de la hoguera divisó un par de grandes sartenes planas. Una agria sonrisa se formó en sus labios.

—Resulta obvio que Othid les tiene bien provistos de elementos culinarios —murmuró—. Sin duda, esas sartenes están destinadas a freír los bocados más exquisitos.

Los chiquillos pululaban por la aldea, en medio de perros, cerdos gallinas y otros animales domésticos. Súbitamente, Martiz se puso en pie y, emitiendo un salvaje alarido, se lanzó hacia adelante, lanza en ristre.

Capítulo XIII

Kania se mordió los labios para no gritar.

La tensión era ya intolerable. Sus fuerzas se agotaban por momentos.

Los verdugos la contemplaron con admiración.

—Creí que cedería mucho antes —dijo uno de ellos.

—Es dura como el acero —manifestó el otro.

—¿Doy media vuelta más?

—No, espera. Podría morir… y el emperador nos daría un disgusto. Quiere resultados, no un cadáver. Aguarda, repito; se cansará y hablará.

A pesar de la angustia que sentía, la mente de la joven funcionaba con notable claridad.

¿Y si probase a escapar?

Miró hacia arriba; era imposible soltarse de las argollas. Pero éstas no estaban cerradas con llave, sino por sendos bulones que encajaban en orificios adecuados.

Sin embargo, no podía alcanzar los bulones con las yemas de los dedos. Tenía que hacerlo otra persona ajena… alguno de aquellos verdugos, por ejemplo.

Pero no la liberarían de grado, sino mediante amenazas. De pronto, se le ocurrió una idea.

—Hablaré —dijo—. Acercaos…

Los verdugos emitieron un suspiro de alivio.

—Ya era hora.

—Tenía que acabar soltando la lengua.

—Bien, preciosa, ¿qué es lo que tienes que decir?

Kania se llenó de aire los pulmones. Era una jugada desesperada. Si fallaba…

Si fallaba, significaba la muerte.

Súbitamente, quedando suspendida de las muñecas, encogió las piernas y las disparó a continuación. Sus pies alcanzaron el rostro de uno de los verdugos, de cuyos labios se escapó un rugido inhumano.

El esbirro se desplomó al suelo. Su compañero lanzó una exclamación de ira.

Antes de que pudiera recuperarse, las piernas de Kania le sujetaron por el cuello. Sus rodillas se clavaron en la garganta del hombre, bajo sus mandíbulas.

Kania se apoyó en una sola cadena e inició un giro hacia su izquierda a la vez que realizaba una flexión lateral. El cuerpo del verdugo quedó así frente a la aguda punta del cuchillo que sobresalía de la pared.

—¿Quieres morir? —preguntó.

—No… no… —contestó el otro ahogadamente.

—Entonces, suéltame. Puedes elevar una mano perfectamente. Suelta una argolla; será suficiente.

A tientas, el hombre obedeció. La punta del acero rozaba su pecho y sabía que, a la menor presión que ella ejerciese, se hundiría a fondo en su carne.

El bulón salió de sus encastres. Kania sacudió la mano y la argolla se dividió en dos mitades.

La mano izquierda quedó libre. Todavía tenía sujeto al atormentador.

Aflojó la presión un poco. El verdugo intentó separarse de ella; Kania le permitió lo suficiente para alcanzarle con los pies en plena boca, derribándole sobre su compañero.

Luego se soltó la otra argolla. El verdugo, sin embargo, no había perdido el sentido y se incorporó de un salto.

Kania le dio un golpe seco con la mano en la garganta. El esbirro cayó fulminantemente.

Ella miró a los dos hombres con expresión airada, mientras se frotaba las muñecas doloridas. Luego paseó la vista por la cámara de tortura.

Sus ropas estaban arrojadas de cualquier forma sobre un taburete. Se vistió rápidamente y luego descolgó una espada pendiente de un clavo.

Se acercó a la puerta y la abrió. Ante ella se apareció una escalera de caracol que se perdía en las alturas.

Resueltamente, en completo silencio, emprendió la ascensión. Jan Martiz había muerto.

Ya no le importaba lo que pudiera pasarle después, pero Othid no seguiría viviendo mucho tiempo.

* * *

Las mujeres de la aldea se volvieron sobresaltadas al oír aquel feroz alarido.

Los niños interrumpieron sus correteos. Los viejos cesaron en sus estúpidos parloteos.

Martiz hizo una prueba. La primera cabaña se abatió fácilmente al primer empujón. Sonaron gritos de terror debajo de los restos.

Saltó cuatro metros de un golpe. Derribó una segunda cabaña e irrumpió en el claro.

Dos arpías intentaron cerrarle el paso. Martiz las derribó de sendos golpes con el cuento de la lanza.

El camino quedó expedito. Una de las viejas metió un cazo en la caldera, sin duda con ánimo de arrojarle agua hirviendo a la cara.

Martiz golpeó su antebrazo. El cazo cayó al suelo. La mujer huyó, chillando aterrada. Su compañera la imitó en el acto.

Se oían gritos y alaridos por todas partes. Martiz se inclinó, agarró una rama ardiendo y la arrojó hacia la cabaña más próxima. Luego repitió la operación varias veces más.

Los tejados de bálago empezaron a arder. Martiz agarró una de las sartenes, la llenó de brasas y, tras ejecutar un rápido giro, como un discóbolo, disparó los carbones encendidos en todas direcciones.

Repitió la operación dos veces más. El fuego empezaba a propagarse por las cabañas.

Inmediatamente, emprendió la huida, derribando en su frenética marcha un par de cabañas más. A cien metros de la aldea se detuvo y volvió la cabeza.

Una sonrisa de satisfacción se escapó de sus labios. Grandes nubes de humo subían ya a lo alto.

No había poder humano que contuviese el fuego. La aldea ardería mientras quedase una cabaña en pie.

El griterío era atronador. Cautelosamente, Martiz se deslizó entre los arbustos, a fin de evitar un tropiezo comprometedor.

Una tropilla de pigmeos cruzó a poca distancia. Corrían desalados, murmurando algo en su lengua cloqueante.

—No dejan de ser seres humanos —se dijo Martiz—. Ahora temen por la suerte de los suyos.

Los pigmeos tratarían de salvar a sus familias. Esto les tendría

ocupados un buen rato.

—Lo cual me concederá un respiro —murmuró.

Pero luego, estaba seguro, la persecución se reanudaría con más ahínco. Mientras tanto, sin embargo, había ganado un tiempo precioso.

Todavía sostuvo un encuentro con dos pigmeos. La lanza de Martiz actuó con resultados devastadores.

—Dan ganas de indultarle —dijo Othid, a quien ya se le había pasado el enfado por la cámara rota.

—Sí, darle un descanso y soltarle mañana de nuevo, ¿no es cierto, majestad?

—Pues… mira… no sería mala idea. —De súbito, Othid recordó algo—. ¿Aún no ha dicho nada mi prima?

—No señor; los verdugos no han enviado ningún mensaje.

Othid frunció el ceño.

—Llama a la sala de tortura, Magán —dijo.

—Sí, señor.

El primer ministro se acercó a un visófono cercano. Marcó una cifra y esperó unos segundos.

—Es raro —murmuró—. No contesta nadie.

—Insiste —dijo Othid, echándose a la boca una pastilla de goma de mascar.

La respuesta fue idéntica pasado un minuto.

—Siguen sin contestar, majestad.

—Será mejor que vayas a ver tú mismo qué diablos pasa —masculló Othid.

—Sí, majestad, ahora mismo.

Magán arrojó una mirada al televisor. Una sonrisa burlona se formó en sus labios.

—Estúpido —musitó—. Busca una salida y lo único que ha conseguido es caminar en círculo.

Salió de la estancia y se dirigió presurosamente hacia la escalera que conducía a la sala de tortura.

* * *

De repente, Kania se encontró con un soldado.

—Aparta —dijo ella enérgicamente.

El soldado la miró con aire receloso.

—Tú eres Kania, la prima del emperador —manifestó.

—Sí. ¿Quieres dejarme paso o…?

Por toda respuesta, el soldado desenvainó su espada, a la vez que abría la boca para lanzar un penetrante grito de alarma.

Kania se tiró a fondo. Al retirar la hoja del cuerpo de su adversario, se echó a un lado.

El soldado cayó rodando por los escalones. De pronto, Kania oyó pasos por encima de su cabeza.

Miró a derecha e izquierda. Había una puerta y descorrió el cerrojo, metiéndose por ella sin vacilar.

Una mujer, joven y agraciada, se levantó al verla. Las dos mujeres se contemplaron con asombro.

—¿Quién eres tú? —preguntó Kania, apuntándole con la espada aún manchada de sangre.

—Me llamo Fakee. El emperador me tiene aquí prisionera —contestó la otra.

—¡Fakee, la hija de Mirka! ¡La prometida de Pedro Crabb! —exclamó Kania llena de asombro.

—La misma… ¿Qué sabes tú de ellos? ¿Los has visto? —preguntó Fakee llena de asombro.

—Están bien —respondió Kania—. No te preocupes por ellos. Los verás antes de lo que te figuras. Ahora…

Fakee adivinó lo que había hecho Kania.

—Te ayudaré —dijo—. Si tuviera un arma…

—La encontraremos —contestó Kania—. Aguarda un momento.

Abrió la puerta cautelosamente. No se oía el menor sonido en la escalera. De pronto, abajo, Kania captó el ruido de una voz irritada.

—¡De modo que se ha escapado! ¡Sube, pronto, Magán; tenemos que organizar la búsqueda de esa zorra!

—Sí, señor; ahora mismo…

El primer ministro arrojó una ojeada despreciativa a los dos verdugos, quienes todavía no se habían recobrado por completo.

—Los caníbales tendrán hoy ración triple —masculló. Y recogiéndose el borde del manto, corrió hacia la escalera.

Ascendió los peldaños de dos en dos, sus cortas piernas no daban para más. De pronto, vio que se abría una puerta y que dos mujeres, una de ellas armada, le cerraban el paso.

Magán palideció. Mirándole fijamente, Kania ordenó:

—¡Entra!

—¿Vas… a matarme? —preguntó con voz temblona el primer ministro.

—Todavía no lo sé —contestó ella.

—Martiz vive aún —dijo Magán desesperadamente, intentando congraciarse con la joven—. Es un hombre muy astuto; escapará de los pigmeos…

Kania sintió que la esperanza renacía en su ánimo.

—Me estás engañando —dijo, a pesar de todo.

—Te juro que es verdad…

—Bien, como sea, he oído que mi primo te reclamaba perentoriamente. Othid tendrá que esperar un rato. ¡Pasa!

Magán dio un paso hacia el calabozo. Por encima de su hombro, Kania dijo:

—Fakee, un poco más abajo hay un guardia muerto. Apodérate de su espada.

—Desde luego.

Durante un segundo, Kania descuidó la atención sobre Magán. El primer ministro trató de aprovechar la circunstancia.

Su mano derecha buscó algo bajo el manto. Kania lo advirtió y no perdió el tiempo en intimaciones estériles.

Se tiró a fondo. Magán abrió la boca de par en par. Quería gritar, pero los sonidos no salían de su boca.

Kania retiró la espada. Magán permaneció en pie todavía unos instantes y luego, bruscamente, se derrumbó de bruces.

Fakee llegó en aquel momento. Miró fríamente el cuerpo tendido a sus pies.

—Ha recibido lo que se merecía —dijo—. ¿Seguimos?

—Sí, pero con precaución —advirtió Kania.

En su cámara, Othid empezó a recelar algo al observar la tardanza de su primer ministro. Inclinándose a un lado, presionó el botón de un interfono y dio una orden:

—Capitán de guardia, acuda inmediatamente con seis hombres a mi cámara. ¡Es urgente!

Capítulo XIV

Jan Martiz detuvo de pronto su carrera. Miró delante de sí con ojos incrédulos.

Había descrito un círculo completo. Ahora se hallaba de nuevo al pie del palacio, casi en el mismo punto por donde había sido arrojado a la selva.

Se mordió los labios. No sabía qué hacer.

Ignoraba la topografía de la fortaleza. Durante su última etapa, había destrozado muchas cámaras. El emperador presumiría que se acercaba, pero a menos que enviase soldados a buscarle, no sabría cuándo llegaría.

Por el momento, le interesaba más rescatar a Kania. El corazón le hirvió de ira al pensar en los tormentos, que la joven había debido de padecer.

Cada vez comprendía a Olsen. Se preguntó dónde podría estar la sala de tortura.

De pronto, oyó una voz chirriante por encima de su cabeza.

—Escóndanse tras las cortinas y no hagan nada hasta que yo lo ordene. La duquesa Kania se ha escapado y, o mucho me engaño, o pronto la tendré en mi cámara.

—Sí, majestad.

Martiz elevó la vista. El balcón de la cámara de Othid estaba abierto de par en par.

Othid preparaba una trampa a Kania. Ahora ya no tendría piedad con ella.

Pero ¿cómo llegar hasta el balcón? La altura era de tres pisos y no disponía de medios para salvar el obstáculo.

De pronto, reparó en un árbol enorme que había a pocos pasos de distancia. Su copa rebasaba ampliamente el balcón de la cámara imperial.

Una idea brilló en la mente del joven. Fue a tirar la lanza, pero se arrepintió de la idea. No llevaba otra arma encima y podía necesitarla.

Sin embargo, le era imposible trepar sin tener las manos libres. Finalmente, se decidió por partir el astil a unos treinta centímetros de la hoja. Así le quedó una especie de alfanje, capaz de atravesar

un cuerpo humano o decapitar a una persona.

Con gran cuidado, atravesó la hoja en su cinturón. Luego, alzando ambos brazos, se agarró a un saliente y empezó a trepar.

Aquel deporte no era precisamente su fuerte. Martiz estuvo a punto de caerse en más de una ocasión, pero consiguió mantenerse, agarrándose con fuerza a las ramas. Poco a poco, fue ascendiendo hasta que, finalmente, se encontró frente al balcón abierto de par en par.

Se mordió los labios. La distancia era excesiva para intentar el salto. Caería… y había más de diez metros hasta el suelo.

Levantó la cabeza. Por encima de él había aún algunas ramas lo suficientemente robustas para soportar su peso. No tenía más remedio que ganar dos o tres metros de altura, si quería conseguir sus propósitos.

Ascendió con gran cuidado. El árbol oscilaba un poco y convenía que nadie advirtiese su presencia en aquel lugar.

Con el rabillo del ojo, divisó a Othid sentado plácidamente en su sillón, moviendo las mandíbulas a un ritmo regular. Las manos del emperador estaban apoyadas en su inmenso vientre.

Martiz alcanzó una rama que le pareció adecuada. Sudando de miedo, pero firme en su propósito, avanzó a lo largo de la rama. Ahora estaba a unos tres metros del balcón.

En aquel momento, se abrió una puerta violentamente. Martiz oyó claramente el diálogo.

—Pasa, pasa, querida prima —dijo Othid, sin quitar sus ojos de la pantalla—. Estaba esperándote… sobre todo, después de la tardanza de mi primer ministro.

Kania avanzó lentamente, seguida de Fakee.

—Has perdido, Othid —anunció.

—¿De veras? —sonrió el emperador—. ¿No serás tú la derrotada?

—Magán ha muerto. Él te sostenía principalmente; ya no podrás encontrar otro que colabore contigo en tu nauseabundo gobierno.

—¡Ta, ta! Palabras y nada más, querida prima. Aguarda un momento; hace rato que no veo a tu amigo, el gallardo terrestre. Ha luchado como los buenos, ha pegado fuego a la aldea de los caníbales… y viene hacia aquí. No sé dónde puede estar en estos momentos, porque ha roto unas cuantas cámaras, pero vendrá,

tenlo por seguro.

Othid volvió la cabeza un instante.

—A propósito, ¿quién es esa linda chica que te acompaña? —preguntó.

—Soy Fakee —respondió la aludida—. Tus esbirros me trajeron a palacio…

Othid frunció el ceño.

—¿De veras? Tendré que echar una reprimenda a mi proveedor de… diversiones; no me había dicho nada. Seguramente te guardaba para mejor ocasión, pero… es una lástima que lo hayas echado a perder, escapándote con esta loca de mi prima. De otro modo, aún habrías tenido una posibilidad de vivir; ahora ya no te queda ninguna.

Fakee dio un paso, blandiendo la espada, pero Kania le cortó el ademán.

—¡Quieta! —prohibió—. Debemos hacer las cosas sin derramamiento de sangre. Othid, disponte a firmar el acta de abdicación.

Martiz lanzó un gruñido.

—No se puede negar que es constante… pero su constancia la perderá —masculló.

—¿Abdicación? —Othid soltó una agria risotada—. Prima, no estás en condiciones de exigir nada.

—¿De veras? —Kania apoyó la punta de la espada en el mantecoso pecho de Othid—. ¿Prefieres morir?

Los ojos del emperador la miraron con furia infinita. De pronto, abrió la boca y gritó:

—¡Capitán de guardia!

Martiz se dispuso a saltar. Avisar a Kania de que le preparaban una trampa habría resultado perjudicial, a su entender. Era preferible actuar, aprovechando la sorpresa.

Kania y Fakee se volvieron. Siete hombres, seis de los cuales estaban armados con lanzas, irrumpieron en la cámara.

Othid endureció el gesto.

—Siento no conocer los nombres de los demás conspiradores, pero ya no puedo perder más tiempo contigo, Kania. Ahora mismo…

Martiz tomó impulso y se lanzó hacia adelante, a la vez que

exhalaba un potente grito:

—¡Kania, aquí estoy!

Cayó con los pies juntos sobre el balcón y saltó hacia adelante, dejándose caer con el mismo impulso sobre los guardias más cercanos.

Dos de los soldados fueron derribados en el acto. La irrupción de Martiz provocó un enorme desconcierto entre los pretorianos.

Las espadas de las dos mujeres estaban en el suelo. Ambas las habían dejado caer al suelo, apenas se vieron rodeadas de lanzas.

Pero no tuvieron tiempo de recobrarlas. En el momento en que Martiz se incorporaba, el capitán le golpeó en la cabeza con el puño de su espada, haciéndole caer al suelo sin sentido.

Luego se dispuso a atravesarle con el acero.

Kania gritó horrorizada. Othid extendió una mano.

—¡Alto, capitán!

El pretoriano se volvió.

—¿Señor?

Una turbia sonrisa se formó en los labios de Othid.

—Hay placeres que no debo dejar en manos de otros —dijo—. Despierta ese imbécil.

Uno de los guardias fue en busca de agua. Momentos después, Martiz se sentaba en el suelo con expresión desvaída.

—Lo siento, Kania —dijo mirando a la joven.

Ella hizo un gesto con la cabeza. Sus bellos ojos estaban llenos de lágrimas.

—Has hecho cuanto has podido —contestó ella.

Martiz se puso en pie. Serenamente, se encaró con Othid;

—¿Qué vas a hacer ahora con nosotros? ¿Enviarnos a los caníbales?

Othid continuaba sonriendo.

—Ya no puedo perder más tiempo —repuso—. De todas formas, ya me he divertido bastante. Es una lástima; te indultaría… pero seguirías siendo un hombre bastante peligroso. Y lo mismo digo de mi prima y de la joven que está a su derecha.

—Al menos, haz que sea una muerte rápida —pidió Martiz.

—¿Rápida? —Othid rio irónicamente—. No podrás quejarte en ese sentido, te lo aseguro.

Y de pronto, con gesto notablemente veloz para un hombre de su pesadez, sacó una pistola atómica con la que apuntó al pecho del terrestre.

—Mayor rapidez no se puede pedir; ¿verdad?

Kania intentó un esfuerzo desesperado para salvar a Martiz.

—¡Espera! —gritó.

Othid la miró malhumoradamente.

—¿Qué quieres ahora? —preguntó.

—La vida del terrestre —respondió ella.

—¿A cambio de la tuya?

Kania se mordió los labios.

—Sé cosas que te interesa conocer —dijo.

—¿Los nombres de los conspiradores?

—Tal vez, Othid.

El emperador meneó la cabeza.

—Prima, soy gordo pero no tonto. Me dirías una serie de nombres sin importancia… o quizá falsos y con ello creerías engañarme y ganar un poco de tiempo. No… ya es suficiente. Encontraré a los conspiradores, créeme.

Kania irguió el busto.

—Entonces, tendrás que matar a todos los zbolianos —exclamó—. No hay ni uno solo que no te deteste y te odie profundamente. Sólo la razón de tu fuerza los mantiene silenciosos, pero llegará un día en que se levantarán contra ti y te arrastrarán por las calles…

Una puerta se abrió violentamente en aquellos momentos. Alguien entró, gritando:

—¡Majestad, se ha producido una sublevación! ¡Centenares de rebeldes, provistos de monohelicópteros, están a punto de caer sobre el palacio!

Othid se puso lívido. Kania exhaló un grito de alegría.

Los pretorianos vacilaron. Martiz se dio cuenta de ello y arrebató la lanza al más cercano.

—¡Tira la pistola, Othid! —intimó—. Aún es tiempo de que salves la vida! ¡Nosotros te protegeremos de las vidas de los sublevados!

Othid masculló una horrible imprecación.

—¡Os voy a enviar al infierno! —aulló—. ¡Antes que yo, vosotros…!

Othid no pudo terminar la frase. Algo entró silbando a través del hueco del balcón y se clavó profundamente en su grasiento vientre.

Un horrible alarido se escapó de labios del miserable. Soltó la pistola y se agarró con ambas manos al astil de la lanza que vibraba todavía, hundida profundamente la hoja en su adiposa humanidad.

El grito se transformó en un ronquido. Los ojos de Othid parecieron salirse de sus órbitas.

—¡No, no…! —jadeó.

Y de pronto, cayó del sillón al suelo, en donde pataleó espantosamente antes de morir.

Martiz volvió la vista hacia el balcón. Flotando en el aire, suspendido de su helicóptero individual, Olsen agitó una mano, mientras una sonrisa de satisfacción aparecía en sus labios.

—Creo que he llegado a tiempo, ¿eh? —dijo, maniobrando para entrar en la cámara.

Kania lanzó un prolongado suspiro. Hubiera caído al suelo, de no sostenerla Martiz en sus brazos.

Crabb entró a continuación. Fakee le divisó y, gritando de alegría, corrió a su encuentro.

Los pretorianos se rindieron sin resistencia. Fuera, se oía un tumulto general, en el que predominaban los vítores y las aclamaciones.

—Será mejor que salgamos de aquí —aconsejó Martiz.

—Sí, querido —contestó Kania.

* * *

Estaban en una de las habitaciones del palacio, aseados y con ropas limpias. Olsen tenía ante sí un fenomenal plato de comida y se ocupaba casi exclusivamente de mover las mandíbulas. Crabb y Fakee tenían las manos juntas y parecían ausentes de cuanto les rodeaba.

—Todo se lo deben a Nirl —dijo Olsen, con la boca llena—. Él fue quien descubrió al confidente de Othid y quien nos dijo que debíamos anticipar la operación, si no queríamos ser destruidos. Al mismo tiempo, Crabb envió un mensaje; la noticia de la captura

suya y del capitán, se había hecho pública.

»Celebramos consejo y decidimos atacar, a cualquier precio —siguió el ingeniero—. Los galeotes estaban ansiosos de vengarles a ustedes dos, así que, ¿para qué negarles ese placer? Pero de nuevo intervino Nirl y consiguió convencer al comandante de un batallón de infantería aérea. La verdad es que no resultó difícil; Othid no tenía demasiadas simpatías entre la tropa regular.

»Bueno, nos pusimos los monohelicópteros y nos lanzamos al asalto del palacio, al mismo tiempo que pelotones escogidos ocupaban los puntos estratégicos. Algunos, demasiado comprometidos, todavía luchan, pero serán reducidos dentro de poco. Creo que ya se está eligiendo un nuevo gobierno, un nuevo emperador y…

Miró a los dos jóvenes. Meneó la cabeza.

—No me escuchan —rezongó—. Claro que maldito lo que les importa.

Y siguió comiendo.

Kania se puso en pie. Asió la mano de Martiz y se lo llevó a una galería.

—Tengo que pedirte perdón —dijo.

—¿Perdón? —preguntó él, extrañado.

—Sí. La idea de acusarte de contrabandear chicle drogado fue mía. Los jueces estaban de acuerdo conmigo.

Martiz se acarició la barbilla.

—Comprendo tus propósitos perfectamente —dijo—. Necesitabas un capitán de astronave, condenado a una grave pena, que fuese capaz de colaborar contigo. Pero, ¿por qué elegirme a mí, precisamente?

Ella se echó a reír.

—Tu captura fue genuina, desde luego, pero habrías salido bien parado, de no formular yo la falsa acusación —dijo—. Sencillamente, fue una casualidad; eras el primero que llegaba y…

—Vaya —resopló Martiz, amoscado—. Yo creía que había otros motivos.

—¿Importan mucho ahora? —le preguntó Kania, echándole los brazos al cuello.

Martiz desarrugó el ceño.

—Mis compañeros deben ser libertados —dijo.

—Están en camino hacia la capital —respondió ella—. Ahora debes condenarme a mí.

—¿A una pena perpetua?

Los ojos de Kania brillaban prometedoramente.

—Perpetua —contestó.

—¿Aquí… o en la Tierra?

Los labios de la joven se acercaron a los de Martiz.

—Donde tú estés, yo estaré siempre —murmuró.



BOLSILIBROS TORAY

OESTE


ARIZONA
Publicación quincenal. 9 ptas.


HURACÁN
Publicación quincenal. 9 ptas.


RUTAS DEL OESTE
Publicación quincenal. 9 ptas.



SIOUX
Publicación quincenal. 9 ptas.



SEIS TIROS
Publicación quincenal. 9 ptas.


ESPUELA
Publicación quincenal. 9 ptas.



BEST-SELLERS DEL OESTE Los mejores "westerns" americanos.
Precio: 20 ptas. Publicación quincenal.

GUERRA

HAZAÑAS BÉLICAS Publicación quincenal. 9 ptas.



ANTICIPACIÓN


CIENCIA FICCIÓN
Publicación quincenal. 9 ptas.


ESPACIO
Publicación quincenal. 9 ptas.

ESPIONAJE



Aventuras de dos extraordinarios espías.
9 ptas. Publicación quincenal.


Una selección de autores franceses.
Precio: 30 ptas. Publicación mensual.

POLICÍACO

HURÓN Los maestros europeos de hoy en narraciones de intriga, crímenes, suspense... Precio: 50 ptas. Publicación quincenal.

